

PRÓLOGO

SANTIAGO LUPE

En el año 2014 se ha cumplido el 75 aniversario del final de la guerra civil española. La victoria de Franco se confirmaba con el último parte de guerra del 1º de abril de 1939, en el que tras la fórmula “cautivo y desarmado el ejército rojo” Franco daba por finalizada la contienda. Meses antes, en enero, caían Barcelona y Cataluña, los territorios epicentros de la revolución española. Sin embargo, el proceso revolucionario ya había sido previamente clausurado hacía casi dos años en la misma retaguardia republicana. Franco no tenía enfrente una revolución a la que aplastar. Esta tarea había sido adelantada por el Frente Popular. Pero sí tenía por delante la de aniquilar todo resto de organización obrera para que la clase trabajadora no levantase de nuevo cabeza.

La revolución española como proceso se extiende a lo largo de más de seis años. Desde la crisis de la dictadura de Primo de Rivera, que conducirá a la caída de la Monarquía en abril de 1931, hasta el aplastamiento de la insurrección obrera de mayo de 1937 en Barcelona y la posterior ofensiva contrarrevolucionaria sobre las colectividades campesinas aragonesas. En el presente volumen hemos recopilado los escritos de León Trotsky dedicados a este período y los años posteriores hasta su asesinato en Coyoacán, México, en 1940.

Trotsky no había sido ajeno a los asuntos ibéricos hasta esa fecha. Conoció fugazmente el país en 1916 en su paso hacia el exilio en Estados Unidos. En los años posteriores a la Revolución Rusa conoció, discutió y entabló relaciones personales y políticas con dirigentes sindicalistas revolucionarios locales. Algunos, como Andreu Nin o Juan Andrade, pasarían a las filas del comunismo y después a las de la Oposición de Izquierda.

Sin embargo, es a partir de la apertura de la revolución española cuando Trotsky comenzará a seguir con mucho más detenimiento los acontecimientos ibéricos. Lo hará ya desde su exilio en Turquía, Francia, Noruega y por último en México. Trotsky estaba convencido de que una victoria del proletariado español podría convertirse en un ariete de la clase obrera mundial para truncar la guerra imperialista que se avecinaba y combatir a la burocracia estalinista en la URSS.

A pesar de la derrota de 1937, Trotsky continuará escribiendo sobre la revolución española. La experiencia del proletariado español fue para él una gran fuente de lecciones para los revolucionarios de la época y el mañana.

Una escuela que debía servir para la preparación de las próximas revoluciones que desataría la guerra imperialista que se inició solo seis meses después de la entrada de Franco en Madrid.

Desde el CEIP queremos hacer llegar al lector del siglo XXI estos textos que contribuyen a poder conocer uno de los procesos revolucionarios más importantes del siglo XX, cuyas lecciones merecen ser conocidas por los jóvenes y trabajadores que vienen saliendo a la lucha al calor de la actual crisis capitalista. La revolución española estuvo atravesada por grandes debates de programa y estrategia que lejos de ser exclusivo objeto de historiadores vuelven a la escena en la actualidad.

La lucha por las demandas democráticas estructurales, el rol de las diferentes direcciones del movimiento obrero como los reformistas o anarcosindicalistas, el papel de los estalinistas como verdugos de la revolución, el de las formaciones políticas de la pequeñoburguesía, las grandes políticas de conciliación de clases como el Frente Popular como freno de la revolución, el papel de grupos que oscilaban entre un discurso que hablaba de revolución y una práctica que iba a remolque de los sepultureros de esta, las oportunidades que se abrieron para la construcción de una dirección obrera revolucionaria y la necesidad de la misma para la victoria son algunas de las cuestiones que el lector de hoy va a poder encontrar en estas páginas.

Al acercarse a ellas resulta inevitable trazar las comparaciones con los procesos de la lucha de clases y fenómenos políticos que se vienen dando desde el inicio de la crisis capitalista. Sin duda, es el mejor uso que podemos hacer de estos escritos. Como el conjunto de las publicaciones del CEIP, el presente volumen persigue contribuir a que las nuevas generaciones de luchadores de la juventud y la clase trabajadora no partamos de cero en los combates que la actual crisis capitalista promete generar.

La clase obrera y las tareas democráticas de la revolución

Para Trotsky España era el país imperialista más atrasado de Europa. Como en 1917, en los años '30 la cadena del capitalismo se veía nuevamente "amenazada con romperse por el eslabón más débil"¹. El atraso español hundía sus raíces en un lento declive de su imperio iniciado en la segunda mitad del siglo XVI. La débil burguesía española iba a conformarse como una clase social que ataba su desarrollo al de la monarquía dando lugar a un "estado de la España feudal-burguesa"². El ascenso de la burguesía como clase dominante se iba a producir por medio de una serie de pronunciamientos militares que iban a ser sofocados, contenidos o integrados por la monarquía

1 "La revolución española y las tareas de los comunistas", p. 77.

2 *Ibidem*, p. 77.

borbónica. Desde bien temprano, la burguesía junto a los grandes terratenientes estuvo históricamente ligada a la nobleza, la monarquía y el clero, y fue enemiga acérrima de la movilización del campesinado y las masas urbanas.

Históricamente la pequeñoburguesía jugó un rol contradictorio respecto a la revolución. Algunos sectores de la pequeñoburguesía urbana iban a permitirse algunas veleidades revolucionarias en el siglo XIX, pero siempre para retirarse al ver que su hermana mayor no les seguía en semejantes “aventuras”. En ese mismo siglo el campesinado protagonizó sus propias insurrecciones, pero marcadas por el localismo, y en la mayoría de las veces, por un programa social feudalizante y reaccionario, como el que representaba el carlismo. Sin embargo, en la guerra civil el campesinado más pobre, aliado con los obreros agrícolas y los trabajadores de la ciudad, jugó un rol progresivo impulsando colectividades en el campo y siendo parte de las milicias en la lucha contra el fascismo.

La alianza de las viejas clases –la nobleza y el clero– con la alta burguesía iba a configurar los marcos del capitalismo español y de los distintos regímenes políticos liberales. Las grandes tareas democráticas propias de la revolución burguesa iban a quedar irresueltas y reaparecerían con gran fuerza en la crisis de los años ‘30. La mayor, sin duda, era la cuestión agraria: de la propiedad de la tierra se había excluido a millones de campesinos pobres. Pero también la misma configuración del Estado, dependiente de la Corona para mantener la unidad y la opresión sobre las nacionalidades de la Península Ibérica y el protectorado marroquí, defendido por un Ejército macrocefálico, cuya oficialidad era un verdadero nido de las viejas clases, con una Iglesia omnipresente y mantenida por el Estado y un sistema político basado en el clientelismo y el fraude electoral sistemático. La débil burguesía española había construido su régimen apoyada en todos estos pilares. La Corona le era una pieza clave para mantener la cohesión territorial, se había beneficiado de la desamortización agraria, el capital financiero era íntimamente dependiente de los grandes terratenientes y el Ejército había sido utilizado por las clases medias y pudientes como instrumento para el ascenso social y la influencia política.

Los grandes problemas de la nación iban a salir a escena con toda su fuerza con la descomposición del régimen de la Restauración. Su primera etapa, con la caída de Primo de Rivera “fue resuelta por las enfermedades de la vieja sociedad y no por las fuerzas revolucionarias de una nueva”³. A finales de 1930 irán ganando peso las movilizaciones estudiantiles, la agitación obrera y en menor medida en el campo. Es aquí donde arranca para Trotsky la revolución española. Tras las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 las masas irrumpieron en escena en forma de masivas manifestaciones

3 “Las tareas de los comunistas en España”, p. 65.

que concluyeron con la proclamación de la II República. La defenestración de Alfonso XIII era el precio que la misma burguesía estaba dispuesta a pagar para evitar la revolución. Sin embargo, las razones profundas que estaban detrás de las movilizaciones de masas no iban a ser resueltas por el cambio del régimen.

Para Trotsky, la caída de la Monarquía abría un proceso revolucionario de ritmos largos si se comparaba con la Revolución Rusa de 1917. A diferencia de aquella, la española no se daba en la coyuntura de la Primera Guerra Mundial que exacerbó todas las contradicciones sociales del Imperio ruso y concentró y armó a millones de campesinos y obreros. Y en segundo lugar, había una debilidad subjetiva fundamental: en Rusia existía un partido revolucionario como el Bolchevique, dispuesto y capaz de encauzar las energías revolucionarias hacia la conquista del poder por los trabajadores; en España, sin embargo, la tarea de construir un partido obrero capaz de actuar como dirección revolucionaria estaba por hacerse. Las masas tenían por delante una experiencia a realizar con las ilusiones en la “revolución republicana”, y sus direcciones políticas y sindicales eran partidarias de ceder la dirección del proceso a los representantes de izquierda de la otrora burguesía monárquica, ahora devenida en republicana.

Para que el proletariado lograra convertirse en una clase hegemónica debía tomar en sus manos las grandes demandas democráticas y luchar por ellas de manera independiente y con sus propios métodos. Trotsky planteará en 1930 que “el proletariado no puede dirigir la revolución en la actualidad, es decir, reunir alrededor suyo a las más amplias masas de trabajadores y oprimidos y convertirse en su guía, más que con la condición de desarrollar, al mismo tiempo que sus reivindicaciones de clase y en relación con ellas, todas las reivindicaciones democráticas, íntegramente y hasta el fin”⁴. En este sentido articulará ya un programa que combinará consignas democrático radicales –como el gobierno barato o la pelea por las Cortes Constituyentes revolucionarias– con las democrático-estructurales –como el reparto de la tierra entre los campesinos, el derecho a la autodeterminación de Cataluña, la defensa de la independencia de las colonias africanas– y con otras consignas de transición al socialismo –como la nacionalización de la banca y el control obrero de la industria. Un programa que en ningún caso tenía por “objetivo el acercamiento del proletariado a la burguesía republicana” sino que preparaba “el terreno para la lucha victoriosa contra la burguesía de izquierdas, permitiendo poner al descubierto a cada paso su carácter antidemocrático”⁵.

4 “Las tareas de los comunistas en España”, p. 68.

5 “La revolución española y las tareas de los comunistas”, p. 89.

Como la rusa, la burguesía española iba a ser incapaz de resolver los grandes problemas de la nación. En ambos casos la revolución solo podía llegar a la victoria por medio de “conducir a la dictadura del proletariado, la cual realizará la revolución burguesa y abrirá audazmente el camino a la transformación socialista”⁶.

Este análisis no se basaba solo en las condiciones históricas específicas del Estado español, también en las más importantes experiencias revolucionarias del proletariado a nivel internacional. Por la positiva, la misma Revolución Rusa. El Partido Bolchevique había sido capaz de llevar a la clase obrera al poder y, por medio de su dictadura, resolver las grandes demandas democráticas, empezando por el problema agrario y avanzar en las tareas socialistas. Por la negativa, el fracaso de la revolución china una década después. El joven Partido Comunista chino, siguiendo las directrices de la Internacional Comunista dirigida por Stalin, había puesto en marcha una línea opuesta a la de los bolcheviques en 1917. Cedieron la dirección a la burguesía nacionalista del Kuomintang que había terminado por aplastar a los mismos obreros comunistas y dejado irresueltas las demandas democráticas estructurales como la reforma agraria o la independencia nacional. Al calor de estas experiencias, Trotsky irá confeccionado su teoría-programa de la revolución permanente, uno de sus aportes más valiosos a la teoría marxista que tendrá en la revolución española una nueva confirmación.

El ángulo de corte entre la clase obrera y sus direcciones

Sobre estos pilares teórico-estratégicos, los escritos sobre España de Trotsky desarrollan una intensa lucha política contra las direcciones obreras del proceso. En 1940 el revolucionario ruso, ya derrotada la revolución española, señalaba como “el camino de lucha seguido por los obreros cortaba en todo momento bajo un determinado ángulo, el de la dirección y, en los momentos más críticos, este ángulo era de 180°”⁷.

Esto había sido así en 1931 cuando los socialistas conformaron su alianza con los republicanos en el primer gobierno de coalición, lo que significó una honda frustración para la clase trabajadora y los campesinos. Los dirigentes anarcosindicalistas se dividieron entre quienes se sumaron a las ilusiones republicanas y quienes se lanzaron a un aventurerismo insurreccional que expuso y debilitó a importantes sectores de vanguardia. El pequeño Partido Comunista estaba en esos momentos en la deriva de la Internacional Comunista del llamado “tercer período”, que lo mantuvo en posiciones que

6 *Ibidem*, p. 85.

7 “Clase, partido y dirección”, p. 429.

despreciaban la importancia de las demandas democráticas y en un aislamiento sectario respecto a los obreros socialdemócratas y anarquistas.

La experiencia con este primer gobierno de las izquierdas, el llamado “bienio reformista”, no será capitalizada por una alternativa obrera. Este gobierno duró desde diciembre de 1931 hasta noviembre de 1933, fue presidido por el republicano Manuel Azaña y contó con ministros de su partido, Izquierda Republicana, y del PSOE. Las principales organizaciones estaban pues o comprometidas con la gestión del gobierno o en un aislamiento sectario. Así, las elecciones de noviembre de 1933 dejarán paso a un gobierno de la derecha republicana, el conocido como “bienio negro”. Este durará hasta febrero de 1936, y encabezado por Alejandro Lerroux del Partido Republicano Radical comienza a desmantelar la escasa obra reformista del primer gobierno. Diez meses antes, el SNPD de Hitler había llegado al poder en Alemania. El fascismo aparecía a los ojos de millones de trabajadores del mundo como la mayor amenaza contra el movimiento obrero. En ese marco, durante 1934 se produce un proceso de radicalización dentro de las organizaciones obreras socialistas, especialmente en las Juventudes Socialistas y la UGT, expresado en los discursos encendidos del dirigente socialista Largo Caballero, amenazando con emprender la insurrección si se permitía el acceso al gobierno de la CEDA, un partido con rasgos claramente fascizantes.

Trotsky analizaba así las consecuencias que la decepción en las direcciones reformistas tienen en lo relativo al fortalecimiento de la reacción: “Espantados por el poder que había caído en sus manos contra sus deseos, lo cedieron a la burguesía con benevolencia. De este modo, minaron la confianza del proletariado y, aún más, la confianza de la pequeñoburguesía en el proletariado. Prepararon las condiciones del crecimiento de la reacción fascista, de la que fueron víctimas”⁸.

En octubre de ese año se producirá la temida entrada de la CEDA al Gobierno. Los obreros socialistas tomarán la iniciativa proclamando la huelga general. Pero los versos revolucionarios de Largo Caballero no pasaron nunca de los escritos en su periódico *Claridad*. El rol de los dirigentes socialistas fue el de desaparecer de la escena en el momento clave y abandonar a los trabajadores a su suerte. En ciudades como Madrid los obreros salieron a la calle y mantuvieron choques aislados con las fuerzas policiales. Por otro lado, la dirección de la CNT llevará adelante una capitulación aún más escandalosa, con la honrosa excepción de su regional asturiana. En nombre del apoliticismo decidió no apoyar la insurrección. Esto la debilitó enormemente en regiones como Cataluña y, por ejemplo, permitió que siguieran funcionando los ferrocarriles que llevaban las tropas africanas –con Franco ya como general– para aplastar a los heroicos obreros asturianos.

8 “Enseñanzas de la derrota de octubre de 1934”, p. 239.

Socialistas y anarcosindicalistas condenaron así al fracaso al movimiento en casi todo el Estado y al aislamiento de la Comuna asturiana, el único lugar donde las bases de las organizaciones obreras habían logrado hacer triunfar el levantamiento. Con los mineros a la vanguardia los trabajadores asturianos derrotaron a la guardia civil, ocuparon los pueblos y las capitales de la región, como Oviedo y Gijón, y durante las dos semanas que lograron resistir levantaron comités que se ocuparon de repartir la tierra, dictar justicia, organizar la distribución de alimentos y poner en pie un ejército obrero de más de 30.000 miembros.

Contra la política de las direcciones socialistas y anarquistas el PCE no pudo jugar ningún rol de dirección alternativa. Hasta días antes de octubre del '34, el sectarismo del "tercer período" lo había llevado a rechazar la preparación de la insurrección, negándose a integrar las "Alianzas Obreras", un frente único entre las organizaciones obreras, detrás de acusaciones de social-fascistas y anarcofascistas contra los socialdemócratas y anarcosindicalistas. Otras fuerzas, como el Bloque Obrero y Campesino, mostraron su política de conciliación de clases en Cataluña. Con un peso importante en la Alianza Obrera de Barcelona, su dirigente Joaquín Maurín defendió la sumisión de la insurrección obrera detrás del Gobierno de la Generalitat que tan solo iba a tardar unas pocas horas en entregarse al gobierno central sin apenas combate.

Octubre del '34 fue un verdadero ensayo general. Socialistas y anarcosindicalistas demostraron su bancarrota como direcciones revolucionarias. El "tercer período" del estalinismo se confirmaba como una estrategia que solo servía para entregar al proletariado atado de pies y manos al fascismo, como se había comprobado ya en Alemania. Los maurinistas, cada vez más seguidos de cerca por el grupo español de la Oposición de Izquierda, como explicaremos más adelante, practicaban una abierta colaboración de clases en el momento crítico de la revolución. Por su parte, la fracción más de izquierda de la burguesía republicana, la pequeñoburguesa Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), demostraba que, entre la revolución proletaria y la derrota ignominiosa ante la reacción, elegían la segunda opción.

Pero también el '34 dejó lecciones y métodos de lucha que serían retomados por la clase obrera dos años más tarde. Las "Alianzas Obreras" y los comités locales se mostraron como organismos de frente único entre las organizaciones obreras que podían constituir la base de un doble poder obrero. También fueron lecciones de la capacidad transformadora de los trabajadores para abordar, en cuestión de días, problemas como el de la separación de la Iglesia y el Estado o la cuestión agraria por medio de las colectivizaciones.

A pesar de la sangrienta derrota llevada adelante por el gobierno del "bienio negro", con cientos de muertos y 30.000 presos políticos, la clase trabajadora pudo preservar una parte importante de sus organizaciones y una moral de combate que se iba a ver reforzada.

Las primeras discusiones con los opositores españoles

León Trotsky seguirá los acontecimientos de España en intercambio y discusión con los representantes de la Oposición de Izquierda en este país. Su principal dirigente, Andreu Nin, había sido uno de los delegados de la CNT en 1921 al III Congreso de la Internacional Comunista y al Congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja. Convertido al bolchevismo, fue parte del Secretariado de este último organismo hasta poco antes de su expulsión de la URSS en 1930. Desde 1926, Nin formaba parte de la Oposición de Izquierda y entabló una relación política y personal con su principal dirigente, Trotsky. Su regreso a España coincide con la apertura del proceso revolucionario de los años '30 y desde el primer momento se pondrá al frente del pequeño núcleo de opositores españoles.

Los escritos de Trotsky recogen los intercambios y polémicas que irán separándose cada vez más a lo largo de los años. En un principio existe un acuerdo entre ambos dirigentes sobre el carácter de la revolución española y las principales tareas estratégicas de los revolucionarios en el país. Sin embargo, estos acuerdos van a ser puestos a prueba al calor de los acontecimientos que se irán precipitando.

Hay una primera etapa en la relación entre Trotsky y Nin en la que se produce una colaboración bastante estrecha, no exenta de críticas de parte del revolucionario ruso. Se trata de discusiones en torno a la tarea capital de los opositores españoles: avanzar en poner en pie un Partido Comunista capaz de ser una alternativa de dirección a los socialistas y anarcosindicalistas.

Los primeros cuestionamientos de Trotsky son la tardanza en constituirse como grupo y en editar una publicación que finalmente verá la luz en mayo de 1931, la revista *Comunismo*. De una manera más constante, cuestiona una actitud propagandística y expectante que peligraba con dejar pasar las oportunidades de atraer para sus banderas a los obreros que estaban haciendo crudas experiencias con sus direcciones tradicionales.

Estas debilidades eran el reflejo de la concepción de Nin sobre las vías para atraer a las ideas de la Oposición a los diversos núcleos comunistas existentes. El comunismo español de comienzos de los años '30 se encontraba fragmentado y con un peso numérico muy reducido en comparación con el PSOE y la CNT. Por un lado estaba el Partido oficial y en torno a él, numerosas agrupaciones más o menos autónomas y algunas federaciones que se encontraban escindidas del mismo.

La más importante era la Federación Catalano-Balear muy influenciada por el nacionalismo pequeñoburgués catalanista y dirigida por el antiguo compañero de militancia sindicalista de Nin, Joaquín Maurín. Se oponía a la deriva ultraizquierdista del "tercer período" y se alineaba con las tesis de la Oposición de Derecha del PCUS encarnada en la figura de Bujarin quien estaba en contra del giro colectivizador de Stalin en la URSS.

Maurín y Bujarin compartían la idea de construir partidos obrero-campesinos y por esta vía subordinar al proletariado a los representantes políticos de las clases intermedias. Era la política aplicada en China hacia el Kuomintang y que en el caso catalán se orientaba hacia la ERC. Además Bujarin había sido parte junto a Stalin de la lucha contra el trotskismo y los opositores en la URSS en la segunda mitad de los años '20. A pesar del distanciamiento con Stalin, Bujarin no condenaba el estalinismo y sus métodos de persecución. Maurín reproducía esto negándose a mantener una posición de condena al régimen burocrático de la URSS y de defensa a los opositores perseguidos.

Para Trotsky la debilidad del comunismo podía convertirse en una ventaja relativa para el pequeño grupo de opositores a condición de plantear una política audaz y ofensiva que sintetizó en la consigna de la unidad de las filas comunista. En aquel momento, la Oposición mantenía la línea de formación de fracciones al interior de los partidos de la Internacional Comunista y la pelea por su enderezamiento respecto a la política errática que la burocracia estalinista imponía a las distintas secciones. Para el revolucionario ruso “las profundas divergencias en una serie de problemas que conciernen a la URSS y al movimiento obrero mundial no deben impedir que se haga una tentativa honesta de frente único en la arena de la revolución española”, y proponía a todas las organizaciones comunistas españolas levantar la consigna de convocatoria a “un congreso de unificación que garantizaría a todas las tendencias, bajo condición de una disciplina obligatoria en la acción, al menos la misma libertad de crítica que gozaban en 1917 las diferentes corrientes del bolchevismo ruso”⁹. Trotsky consideraba que “la fracción que haya tomado la iniciativa de rehacer la unidad de las filas comunistas se beneficiará. Para que la izquierda comunista sea capaz de tomar esta iniciativa, primero tiene que unificarse y organizarse. Es indispensable crear de inmediato una fracción bien organizada de la Oposición de Izquierda comunista” sin excluir en ningún caso “participar en organizaciones más amplias; al contrario, esto presupone esa participación pero es indispensable la creación de esa fracción”¹⁰.

Nin y sus seguidores siempre mantuvieron una visión impresionista sobre la debilidad del comunismo oficial en España. Se negaban a atender las advertencias de Trotsky sobre cómo “a pesar de su debilidad intrínseca, el Partido oficial se beneficia de factores históricos exteriores: la URSS y todo lo que a ella está ligado. Por eso me parece peligroso no tener en cuenta, en la práctica, más que la relación actual de fuerzas”¹¹. Por ello la

9 “Carta al Buró Político del Partido Comunista de la URSS”, pp. 116-7.

10 “Hay que organizar a la Oposición de Izquierda”, carta del 15 de febrero de 1931, p. 100.

11 *Ibidem*, carta del 31 de enero de 1931, p. 97.

táctica de la unidad de los comunistas no fue implementada. Se ignoró la política hacia el Partido oficial para establecer una relación con la Federación Catalano-Balear basada solo en la ilusión de Nin de que, mediante los consejos y las relaciones personales con Maurín, esta organización giraría hacia el programa de los bolcheviques-leninistas. Por esta razón, el ingreso de Nin a la Federación nunca se realizó a través de una fracción organizada para pelear internamente con su bandera desplegada. En abril de 1931, Nin llegó a ingresar episódicamente en el Comité Central de la Federación y manifestó una lógica política muy diferente a la planteada por Trotsky que se reproducirá en los años siguientes. Esta se basaba en la confianza en poder sustituir la lucha política abierta contra las direcciones reformistas o centristas por una mezcla de diplomacia y consejerismo que pudiese influirlas hacia una estrategia revolucionaria.

Trotsky valoraba esta primera etapa del grupo español muy críticamente. Consideraba que la revolución española había “creado condiciones objetivas muy favorables para un desarrollo rápido del comunismo. Pero la ausencia de cuadros mínimamente formados ha hecho muy difícil, tanto para la Oposición de Izquierda como para el Partido oficial, sacar provecho de esta situación en verdad histórica”¹², y achacará más adelante a los dirigentes de la ICE que fue su confianza en las “relaciones personales amistosas (con Maurín, NdeE) en lugar de librar una lucha de principios contra el nacionalismo pequeñoburgués, lo que frenó el desarrollo de la Oposición de Izquierda en la etapa más decisiva”¹³.

Otra gran discusión de este primer período será en torno a las luchas fraccionales en el seno de la Oposición de Izquierda Internacional. La campaña contra el dirigente francés Molinier llevada adelante por el antiguo sindicalista revolucionario Alfred Rosmer y el alemán Landau, desembocarán en la escisión del grupo Gauche Communiste y logrará ser un polo de atracción para diversos elementos opuestos a algunos de los planteamientos del Secretariado Internacional. Estos sectores optarán por la ruptura organizativa en base a cuestionamientos de orden personal en vez de la discusión abierta de las diferencias políticas. Trotsky criticará severamente la actitud de los dirigentes españoles ante estas discusiones que, sobre todo, es indiferente y no toma posición alguna en cuestiones de principios. Más tarde, en la medida que Nin se aleja del Secretariado Internacional, se apoyará en los sectores que abandonaron al trotskismo no por consideraciones políticas sino por rencillas personales.

Estas polémicas eran parte de la lucha del revolucionario ruso para que la Oposición de Izquierda y sus secciones se dotasen de un método inter-

12 “Sobre la sección española de la Oposición de Izquierda”, p. 223.

13 “Después de Copenhague”, p. 220.

nacionalista, ya que para las importantes tareas nacionales de cada grupo era imprescindible “seguir con cuidado el trabajo de las demás secciones de la Oposición de Izquierda Internacional”¹⁴, así como los puntos más candentes de la lucha de clases en el mundo, como era en aquel momento Alemania y el constante ascenso del NSPD. Trotsky consideraba que estas tareas internacionales estaban claramente devaluadas en el grupo español y las consideraba cruciales para la formación de sus dirigentes y cuadros. Por eso para él “la principal desgracia de la Oposición española” era que “sus dirigentes se han obstinado en mantenerla alejada de la vida y luchas intestinas de otras secciones, quitándole así todo acceso a la experiencia internacional, que es irremplazable”¹⁵.

Una gran oportunidad perdida: la pelea por no dejar escapar la izquierda socialista

En noviembre de 1932 se cortará el intercambio epistolar entre Trotsky y Nin a causa de las discusiones internacionales. Sin embargo, los debates se mantendrán por medio de los Boletines de la Oposición y diversos artículos. Las principales polémicas sobre la revolución española de este período girarán en torno a la vías para que el pequeño grupo español, que adoptará el nombre de Izquierda Comunista de España (ICE) en su II Conferencia de marzo de 1932, pueda avanzar en construir un partido revolucionario.

Desde mediados de 1931, Maurín había iniciado una clarificación de posiciones hacia la derecha. Fundará el Bloque Obrero y Campesino (BOC) que adoptará unas posiciones abiertamente independentistas, tan hostiles hacia el trotskismo como condescendientes con el estalinismo y una política de revolución democrática que propugnaba la abierta colaboración con la pequeñoburguesía catalanista y republicana. Este giro llevará a Nin a romper con él. Su grupo pasará a un período de mayor lucha política hacia el opositorismo de derecha que representaba Maurín. En esta edición hemos incluido en los anexos un artículo publicado en la revista *Comunismo* que recoge bastante bien la delimitación con los maurinistas en esta etapa¹⁶.

Sin embargo, el alejamiento entre Nin y Maurín no va a ser definitivo y la relación comenzará a recomponerse a lo largo de 1934. Este año va a significar un punto de inflexión para la ICE. Las diferencias con el Secretariado Internacional de la Oposición se van a incrementar cuando este plantee la táctica de entrismo en los partidos socialistas conocida como “giro francés”.

14 “Los deberes de la Oposición española”, p. 201.

15 “Después de Copenhague”, p. 219.

16 Ver en el anexo a esta edición. “El Congreso del Bloque Obrero y Campesino”.

Para Trotsky el fracaso histórico de la IC había quedado sellado tras las consecuencias de la política del “tercer período” llevada adelante por el Partido Comunista alemán. La negativa al frente único con la socialdemocracia para enfrentar el ascenso de los nazis había permitido la llegada al gobierno de Hitler y la implantación de la más férrea dictadura fascista sin resistencia alguna de parte del proletariado más poderoso y organizado del mundo capitalista. La inexistente reacción en los diferentes partidos comunistas a semejante bancarrota llevó a la conclusión de que su degeneración estaba prácticamente cristalizada y que el dominio de la burocracia impedía ya toda reforma de la IC y sus secciones nacionales. A partir de 1933, Trotsky planteará la necesidad de trabajar por construir una nueva Internacional, la IV, y sus secciones nacionales, partidos revolucionarios en cada país.

Paralelamente, en el seno de la socialdemocracia de varios países europeos comienza a darse un giro en busca de ideas revolucionarias de vastos sectores de trabajadores y jóvenes. Un fenómeno definido por Trotsky como “centrismo de masas”, una corriente que oscilaba entre la reforma y la revolución, y que los opositores debían tratar de atraer a las banderas de los bolcheviques-leninistas. La táctica propuesta para ello era el entrismo, que consistía en la entrada en las organizaciones socialdemócratas como fracción revolucionaria con el objetivo de atraer a los obreros socialistas más avanzados a la construcción de nuevos partidos revolucionarios, mediante la realización de una experiencia común con sus direcciones.

El entrismo se planteó originalmente para la sección francesa en el SFIO en junio de 1934. Trotsky planteará al mismo tiempo a la ICE su entrada en las Juventudes Socialistas aprovechando, además, los llamamientos que hacían algunos de sus dirigentes a los trotskistas para que les ayudasen en la lucha contra el ala derecha del PSOE. Los dirigentes españoles se van a oponer a esta línea que será tachada de claudicación ante la socialdemocracia. En la revista *Comunismo* de octubre de 1934 se negaban, en nombre de mantener la independencia organizativa, a fundirse en “un conglomerado amorfo, abocado a romperse al primer contacto con la realidad”. Si bien reconocían la existencia de un movimiento hacia la izquierda y la búsqueda de ideas revolucionarias, pretendían, según la crítica que haría Trotsky a quienes defendían la independencia organizativa en Francia como una cuestión de principios, esperar pasivamente a que ese “conglomerado amorfo” se rompiera por su propia evolución y que desde afuera, el pequeño aparato opositor que representaba la ICE, en comparación con las organizaciones tradicionales, actuase de polo de atracción.

Una visión que era además presa de su subvaluación del potencial del Partido Comunista oficial para atraer a sus filas a los obreros que se radicalizasen. En septiembre de 1934, Andrade escribía en *Comunismo* “el estalinismo está en plena descomposición y liquidación. Los partidos estalinistas

disminuyen cada día y pierden toda autoridad sobre las masas obreras”¹⁷. Sin embargo, tal y como advertía Trotsky, el PCE seguía siendo el que usurpaba las banderas de la Revolución de 1917 y de la URSS.

La claudicación de los dirigentes socialistas en octubre del ‘34 será para muchos militantes socialistas el “contacto con la realidad” que los llevará a romper con sus direcciones. Pero no lo harán dirigiéndose a una ICE que se había negado a ingresar para combatir a esos mismos dirigentes. Tampoco a una ICE que, como veremos, en Cataluña actuaba en alianza con el BOC, que ponía al movimiento obrero detrás del presidente de la Generalitat. A lo largo de 1934 y 1935 los opositores españoles rehúsan entrar a las Juventudes Socialistas mientras el estalinismo comienza a desorganizar y cooptar a la joven ala izquierda del socialismo.

Finalmente será el PCE, bajo la nueva dirección de Pasionaria y José Díaz, quien logrará ir atrayendo a sus filas a miles de militantes radicalizados de las Juventudes Socialistas y la UGT. Un proceso que culminará con la fusión de las Juventudes Socialistas y Comunistas en las Juventudes Socialistas Unificadas, meses antes del inicio de la guerra civil. Dicha fusión significará para Trotsky “que los mercenarios de la Internacional Comunista van a burlar y destruir las mejores energías revolucionarias”¹⁸. La oportunidad perdida por la ICE era aprovechada por el estalinismo que lograría desviar y “reeducar” a la mayoría de esos jóvenes detrás de las banderas del estalinismo.

Dos métodos opuestos de construcción de un partido revolucionario

Pero este apego a la independencia organizativa de la ICE no le impedirá avanzar en los contactos con el BOC hacia la fusión. Durante 1934 hay un nuevo acercamiento entre ambos grupos en el seno de las “Alianzas Obreras”. En la de Barcelona, Nin y Maurín serán sus principales dirigentes. El método diplomático y enemigo de la lucha política que Trotsky le había criticado a comienzos de los ‘30 se repite con consecuencias nefastas para el pequeño grupo opositor. La política de sumisión a la Generalitat que despliega el BOC en los hechos de octubre del ‘34 en Barcelona no solo no será criticada, sino que también será llevada adelante por la ICE.

Nin y sus seguidores mantenían fuertes ilusiones en que Maurín estaba aceptando gran parte de sus planteamientos generales. Sin embargo, en la lucha de clases los planteamientos tradicionales del partido de Maurín se imponían a la ICE. En la dirección del BOC se desplazará al ala más catalanista y,

17 Emilio Ruiz (Juan Andrade) “El ingreso del estalinismo en las Alianzas Obreras y su campaña contra el trotskismo”, *Comunismo* N° 39, septiembre de 1934.

18 “¿Qué deben hacer los bolcheviques en España?”, p. 253.

conforme el estalinismo iba desplegando abiertamente su política de los frentes populares, se mostrará más duro con esta línea de colaboración de clases. También contra las campañas de persecución a los opositores en la URSS. Sin embargo su corpus programático no cambiará en lo fundamental. Maurín dará una gran importancia al rol de la pequeñoburguesía en la revolución española, especialmente la catalana. Más allá de su aceptación formal de que la revolución debía abordar al mismo tiempo las tareas democráticas y las socialistas, nunca romperá con el seguidismo a las clases sociales intermedias, a cuyos representantes políticos había reservado el rol de dirección en la insurrección de octubre del '34.

Durante 1935 el BOC mantendrá contactos con diversos grupos comunistas y socialistas catalanes para formar un partido unificado, al que finalmente la Unió Socialista, el Partit Comunista Catalá y el Partit Catalá Proletari no accederán. Se trata de los tres grupos que en agosto de 1936 se fusionarán dando lugar al PSUC, el partido estalinista de Cataluña. El que sí accede será la ICE, y en octubre de 1935 tendrá lugar la fusión en el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Las discusiones que desembocarán en la fundación de este nuevo partido serán plasmadas en unos documentos fundacionales donde abundan principios y definiciones generales. Sin embargo, está ausente una posición clara frente a la URSS, la Internacional Comunista y la burocracia soviética, así como un balance profundo del ensayo general del '34 y del papel de las dos organizaciones que estaban dando origen a la nueva formación solo un año después. En la misma resolución de la ICE en la que anuncia su intención de avanzar en la fusión¹⁹ o en los textos de Andrade²⁰ que publicamos en los anexos está ausente esta perspectiva. Su método de "unidad de los revolucionarios" era completamente ajeno al propuesto por Trotsky a nivel internacional. Para la ICE, la unidad aparece como un fin en sí mismo, manteniendo una lógica de suma aritmética de fuerzas sin atender en profundidad a la solidez de los acuerdos. Para Trotsky, sin embargo, para poder avanzar en construir partidos en común con otros grupos que se ubicaban a la izquierda de la II y III Internacional era necesario, sobre todo, forjar sólidos acuerdos sobre los "test ácidos de la lucha de clases", en base al programa ante los principales combates de la clase trabajadora a nivel mundial. Uno de estos era el que se estaba desarrollando en España y que había tenido un primer episodio agudo en la insurrección de octubre. Abordar los "fets de octubre" en Barcelona de manera profunda, sin duda habría obligado a medir la coherencia de la política del BOC y la ICE con los principios generales de la independencia política del proletariado y de su rol como sujeto hegemónico del resto de

19 Ver en el anexo a esta edición: "Resolución del Comité Ejecutivo de la ICE".

20 Ver en el anexo a esta edición: "Carta a un camarada norteamericano".

sectores populares que estaban aceptando sobre el papel. Una discusión que solo podría haberse saldado o bien adoptando un programa de colaboración de clases, o bien revisando con una férrea autocrítica la confianza depositada en la Generalitat y su presidente Lluís Companys en 1934. Los dirigentes de la ICE optaron por un método con el que preservaban formalmente los principios, pero no se preparaban para hacerlos valer en los momentos críticos.

La ICE renunciará oficialmente a su pertenencia formal al Movimiento por la IV Internacional, así como a la defensa de sus principios y su política internacional dentro del POUM. En esta línea, aceptará el ingreso del POUM en el Buró de Londres, un agrupamiento de diversos grupos disidentes de la II y III Internacional contrarios a la fundación de la IV y que basaban sus relaciones en acuerdos generales y el respeto diplomático por la labor de las secciones nacionales, una base de acuerdos que se mostrará incapaz de resistir los primeros embates de la lucha de clases. Cuando se desate la guerra y la revolución en España muchos de estos grupos quedarán divididos y enfrentados en torno al apoyo o no a los gobiernos del Frente Popular y la conveniencia o no de unir la guerra y la revolución. Nada más y nada menos que las posiciones que separarán en barricadas opuestas a los partidarios de una y otra línea.

Como el Secretariado Internacional del Movimiento por la IV exponía sobre el carácter del POUM en la carta que reproducimos en los anexos “en estas circunstancias, no puede salir nada bueno de este nuevo partido. Todo trabajador verá en él la cara del BOC. Permítannos señalar las consecuencias de una fusión semejante. Si por lo menos hubieran tenido derecho a fracción y hubieran entrado con sus banderas y sus propias ideas, la cuestión podría juzgarse de forma diferente”²¹.

En todo este período inicial de la revolución española Trotsky había concentrado sus debates en lo que para él era la clave: la construcción de “partido, partido y partido”. Opuso su método al de Nin desde el comienzo, tanto en cómo avanzar con los sectores que estaban a la izquierda de la II y III Internacional, como en la vía para aprovechar los corrimientos hacia la izquierda de sectores de masas como el que se vivía en la socialdemocracia. Las diferencias de esta etapa los van a ir separando cada vez más en los meses siguientes, en los que el método de construcción de Nin y su resultado, el POUM, van a ser puesto a prueba por los acontecimientos.

21 Ver en el anexo a esta edición: “Carta del Secretariado Internacional al CE de la ICE”, p. 473.

La pelea contra la política de frentes populares

La derrota de la Comuna asturiana abrirá el período más oscuro de la II República. El gobierno de las fuerzas reaccionarias llevará adelante una durísima represión contra el movimiento obrero y otras formaciones de la izquierda republicana. La Generalitat va a quedar anulada y el President y su Govern acabarán en prisión. Sin embargo, este retroceso está lejos de suponer una liquidación de la revolución. Las organizaciones obreras se irán recuperando rápidamente desde la clandestinidad.

En todo este período la ICE no vivirá un crecimiento muy significativo de sus filas. Cuenta con entre 650 y 700 militantes según el informe de Jean Rous²². El BOC tiene entre 5.000 y 6.000. A pesar de las críticas del movimiento por la IV Internacional y de Trotsky, se mantienen abiertas las vías de diálogo y colaboración con el nuevo partido, buscando persuadir a los antiguos dirigentes opositoristas españoles hacia una política opuesta a la conciliación de clases de los maurinistas. Sin embargo, muy pronto la hegemonía del BOC va a manifestarse con toda su fuerza en el joven POUM con la aceptación absoluta de los ex dirigentes de la ICE.

En 1935 el gobierno de las derechas entrará en una profunda crisis política azuzada por diversos escándalos de corrupción y su incapacidad para restaurar una paz social estable, que llevará al adelanto de las elecciones a febrero de 1936.

En agosto de 1935 se había celebrado el VII Congreso de la Internacional Comunista. En él, la burocracia estalinista decretaría el giro hacia la orientación de los frentes populares. Una política adelantada por el Partido Comunista francés en julio de ese mismo año. De esta manera, la IC abandonaba el sectarismo del “tercer período” que había impedido el frente único obrero, y lo cambiaba por la alianza de las organizaciones obreras con las fuerzas de la burguesía progresista. Una alianza que se vendía como defensiva ante el avance del fascismo pero que ataba de pies y manos al proletariado de los países centrales, la única clase capaz de luchar hasta el final contra el fascismo, si se organizaba de manera independiente y con su propio programa: la revolución socialista. Stalin optaba por presentarse ante las democracias occidentales como un socio fiable frente a la Alemania nazi, y la mejor manera de hacerlo era contribuyendo a desactivar la amenaza revolucionaria en Europa occidental.

De esta manera, la creciente lucha de clases en Francia iba a ser desviada por el Frente Popular. En España, el PCE lo imitará y será parte impulsora de la coalición de las fuerzas del fracasado “bienio reformista”, con un programa

22 Ver en el anexo a esta edición: Jean Rous, “Informe sobre la fusión de la ICE (sección de la LCI) y el BOC”, pp. 476-8.

casi idéntico, en el que eran rechazadas explícitamente todas las medidas que atentaban contra la propiedad capitalista. La coalición con la burguesía republicana ya había sido ensayada por el PSOE entre 1931 y 1933. Se reeditaba ahora en España con el aval del representante de la URSS, del Estado obrero nacido de la revolución de Octubre: el PCE. Contó también con el apoyo de los dirigentes de la CNT que rehusaron impulsar su tradicional campaña abstencionista, dejando correr el voto de los obreros anarquistas, presentándolo como una medida de emergencia frente a la amenaza del fascismo para poner fin a la persecución contra el movimiento obrero y liberar a los más de 30.000 presos políticos del “bienio negro”.

Sin duda las ilusiones en la “unidad de la izquierda” eran fortísimas entre las masas trabajadoras. Eran además expresión de la debilidad o casi inexistencia de partidos que hubieran batallado por la independencia política de la clase obrera. Quienes se ubicaban formalmente en este campo habían llevado adelante una línea opuesta en octubre del ‘34, y consecuentes con esto iban a retornar a estas posiciones en todos los momentos críticos de la lucha de clases, en los que las presiones del reformismo y la burguesía republicana se incrementaban.

El POUM había rechazado en uno de sus principales documentos fundacionales la política del Frente Popular con estas palabras: “en relación con la pequeñoburguesía, el Partido Obrero ni adopta la clásica posición de la socialdemocracia de un contacto orgánico permanente con los partidos pequeñoburgueses que últimamente ha revalidado la Internacional Comunista con el llamado Frente Popular, ni adopta tampoco la absurda posición de poner a la pequeña burguesía en el mismo saco que la gran burguesía”. Para ellos, “Los partidos pequeñoburgueses han traicionado por incapacidad, impotencia y cobardía las promesas que habían hecho a los obreros, a los campesinos e incluso a la propia pequeña burguesía”²³. Sin embargo, estos principios generales no soportaron el contacto con la realidad. En nombre de no quedar aislados de las masas, el nuevo partido decidió integrar la coalición de los partidos de izquierda, es decir, ser parte del Frente Popular que rechazaban en sus documentos.

Este giro llevó a una ruptura política total entre Nin y los dirigentes de la ex ICE, por un lado, y Trotsky y el movimiento por la IV Internacional, por el otro. Trotsky escribirá una durísima crítica en la que tacharía la decisión del POUM de “traición al proletariado, al servicio de una alianza con la burguesía”²⁴. En nombre del “no quedar aislados” de las masas trabajadoras imbuidas en las ilusiones del Frente Popular, el POUM preparaba su futuro aislamiento y descrédito ante esas mismas masas que pronto iban a hacer

23 “¿Qué es y que quiere el POUM?”. Disponible en www.fundanin.org/POUM.htm

24 “La traición del ‘Partido Obrero de Unificación Marxista’”, p. 248.

una amarga experiencia con los límites que esa coalición imponía a la realización de sus aspiraciones democráticas y sociales.

Los cinco meses del gobierno del Frente Popular antes de la guerra civil estuvieron marcados por un ascenso galopante de la lucha de clases combatido desde el mismo gobierno. La misma promesa de liberación de los presos políticos y restitución en sus puestos de trabajo de los obreros despedidos fue llevada adelante por manifestaciones a las prisiones y huelgas obreras antes de que el nuevo gobierno tuviera tiempo de decretarlas. La lenta y limitada reforma agraria del “bienio reformista”, nuevamente puesta en marcha, fue cuestionada por la ocupación de fincas en Extremadura y Andalucía llevada a cabo por decenas de miles de campesinos. En todas las ciudades se vivirán grandes huelgas locales y de diversos sectores desde la construcción de Madrid hasta los dependientes de comercio en Barcelona. En este clima, el POUM tratará de incrementar su crítica ante el gobierno del Frente Popular, pero lo hará permaneciendo en el mismo, como lo demostraba su intención de integrar las candidaturas de la coalición para las elecciones municipales de abril de 1936, que finalmente quedaron aplazadas. Trotsky, en días previos al inicio de la guerra civil, señalaba como “a cada tentativa de crítica del Frente Popular –y Maurín y Nin ahora hacen intentos desesperados en ese sentido–, los burgueses radicales, los socialdemócratas y los comunistas replicarán inevitablemente: ‘¡Pero si ustedes mismos han participado en la constitución del Frente Popular y han firmado su programa!’”²⁵. Y de una manera que resultará premonitoria de cuál iba a ser la política del POUM en las semanas siguientes añadía: “los pequeños crímenes y las pequeñas traiciones que, en período normal, pasan casi desapercibidos, encuentran un eco poderoso en el momento de la revolución”²⁶.

La unidad indisoluble entre guerra y revolución

La incapacidad del gobierno del Frente Popular para contener la movilización en el campo y la ciudad terminó de convencer a las fuerzas de la reacción de la necesidad de una salida golpista. Desde la primavera, los generales, los oficiales de alto rango y los miembros de las grandes familias de la burguesía española y catalana conspiraron para llevar adelante un golpe inspirado en la Alemania nazi y la Italia de Mussolini. Todo esto, ante la pasividad y condescendencia del gobierno que se empleó mucho más a fondo en reprimir las huelgas, censurar los diarios obreros y mandar la guardia civil a desalojar a los campesinos de las fincas ocupadas.

25 “Maurín y Nin, rehenes del Frente Popular”, p. 248.

26 *Ibíd.*, p. 248.

Cuando se produjo el golpe la reacción del gobierno fue llamar a la calma y tratar de abrir cauces de negociación con los golpistas. El PSOE y el PCE se sumaron a estos llamamientos. Lo mismo hizo la ERC. El mismo día que Franco se levantaba en Canarias y Marruecos, el presidente de la Generalitat mandaba guardias de asalto a varios sindicatos de la CNT para requisar las armas que los obreros se habían procurado para responder al golpe. La burguesía republicana temía mucho más a un proletariado en armas que a la victoria de los golpistas o una salida negociada con ellos. Esta criminal actitud tendrá costes elevados en los combates callejeros. Retrasó y dificultó el acceso de los obreros a las armas en las primeras horas. En plazas importantes del movimiento obrero como Sevilla o Zaragoza, las consecuencias fueron fatales pues los golpistas aprovecharon esas primeras horas para imponerse y llevar adelante la matanza de miles de obreros. Podemos decir que el golpe fracasó en buena parte de la Península a pesar del Frente Popular. La reacción de la clase obrera por medio de sus sindicatos fue clave para derrotarlo, y lograr quebrar y romper la cadena de mando de algunos cuerpos policiales y parte del Ejército.

El modo en que se derrotó el golpe explica también lo que se desatará de manera inmediata. El Estado republicano había quedado en bancarrota política por su actitud pusilánime de las primeras horas. Además, había perdido buena parte del Ejército y lo que conservaba, así como parte de los cuerpos policiales leales, se encontraba en un estado de semidescomposición y fusión con las milicias obreras que estaban organizando los partidos y sindicatos. Es entonces cuando la clase obrera emprendió la constitución de múltiples organismos que se hicieron cargo del orden público, el control de los abastos, el control obrero de las empresas, el poder local, la justicia. Constituyeron los comités locales, las patrullas de control, los comités de abastos, los tribunales revolucionarios, diversos organismos que formaban una nueva institucionalidad paralela a la republicana, expresión del poder de la clase trabajadora aún de una forma no centralizada. La mayoría de estos organismos se inspiraban en su antecedente más próximo, las "Alianzas Obreras". Como estas, solían conformarse por medio del frente único de los representantes de los sindicatos y partidos obreros con presencia en el pueblo, fábrica o barriada en la que operaba. En algunos casos, fueron conformados por la elección directa de nuevos representantes provenientes de la base, marcando así la dirección de hacia dónde se debía impulsar su desarrollo. Sin embargo, ninguna organización lo hizo. Tampoco el POUM peleó para que se transformaran en organismos electos por la base y con delegados revocables, e incluso bloqueó la elección de delegados en sus propias milicias en el frente de Aragón. Todas las direcciones obreras priorizaron los acuerdos por arriba entre los distintos aparatos sobre la autorganización de los trabajadores.

Aún con estos límites se abría una situación de doble poder que no podía durar por mucho tiempo: o el poder obrero se desarrollaba y centralizaba,

y se imponía sobre las ruinas del Estado republicano, o este sería quien lo liquidase por medio de la integración o la eliminación directa de los nuevos organismos. Una disputa que en mitad de la guerra civil contra el fascismo tomó la forma del debate entre “primero ganar la guerra” por un lado, o hacer la revolución y la guerra al mismo tiempo, por el otro.

Trotsky planteará desde el principio la relación dialéctica entre lo militar y lo político. Para él “(...) en el plano puramente militar, la revolución española es más débil que sus enemigos. Pero su fuerza consiste en que es capaz de arrastrar a amplias masas. Incluso es capaz de privar a los oficiales reaccionarios de su ejército. Solo hace falta llevar adelante seria y sagazmente el programa de la revolución socialista”²⁷. Desde los primeros días, propuso el programa con el cual el proletariado en armas podía ser capaz de imprimir una derrota a las tropas fascistas: “Es preciso proclamar la necesidad de que la tierra, los talleres, las fábricas, deben pasar desde ahora mismo de las manos de los capitalistas a las del pueblo. En las zonas donde el poder está en manos de los obreros, hay que avanzar hacia la realización práctica de este programa. El ejército fascista no resistiría más de veinticuatro horas a la ejecución de un programa semejante. Los soldados atarían de pies y manos a los oficiales para llevarlos al más cercano Estado Mayor de las milicias obreras”²⁸.

También insistió en la necesidad de pelear por la liberación de las colonias africanas. Si el proletariado español tomaba las banderas de la lucha nacional de los combatientes marroquíes contra el protectorado español iban a ganar un valioso aliado, pero el gobierno del Frente Popular se negó sistemáticamente a una política así que debilitaba los intereses del imperialismo español y era rechazada también por el Frente Popular francés por temor al contagio en sus colonias. Los frentes populares se desnudaban como los defensores de “izquierda” de los intereses imperialistas francos e hispanos. Como consecuencia, Franco pudo contar en Marruecos con una estable retaguardia y logró hacerse de una importante reserva de mercenarios a su servicio entre una población sumida en la pobreza.

La concepción de lo político y lo militar en Trotsky emanaba de la experiencia histórica viva en la que había jugado un rol clave como fundador y dirigente del Ejército Rojo: la guerra civil rusa. En sus declaraciones a la Comisión Dewey en México explicaba cómo “durante nuestra guerra civil ... no creo que hayamos salido victoriosos debido a la ciencia militar. Es falso. Triunfamos gracias a nuestro programa revolucionario. Le dijimos al campesino: ‘La tierra es vuestra’. Y el campesino, que se había ido con los blancos, comparó a los bolcheviques con las guardias blancas y dijo:

27 “Primeras lecciones de España”, p. 268.

28 *Ibidem*.

‘Los bolcheviques son mejores’. Entonces, cuando los campesinos, cientos y millones de campesinos rusos, se convencieron de que los bolcheviques eran mejores, vencimos”²⁹.

La victoria dependía, en última instancia, de si la clase obrera lograba ponerse a la cabeza en la defensa de la democracia “no con sus propios métodos, sino con los de la lucha de clases, o sea, con métodos que preparan el derrocamiento de la democracia burguesa por medio de la dictadura del proletariado”³⁰. Si la victoria se realizaba sobre las ruinas de la revolución proletaria veía posible que “el régimen triunfante, en muy poco tiempo, pueda transformarse en un régimen fascista, si las masas permanecen insatisfechas e indiferentes y la nueva organización militar creada por la victoria no es una organización socialista”³¹, o que la victoria del Frente Popular sobre el aplastamiento de los trabajadores significase su “inevitable acuerdo con la burguesía fascista a espaldas de los obreros y campesinos. Un régimen de este tipo no sería más que otra forma de dictadura militar”³². Si bien la victoria republicana nunca llegó a suceder, el régimen policiaco y represivo del gobierno de Negrín contra los trabajadores revolucionarios apuntaba justamente en esta dirección: un régimen que no dudaba en emplear los métodos del fascismo para terminar de sofocar toda amenaza revolucionaria.

Trotsky tampoco depositó nunca ilusiones en la ayuda militar de potencias imperialistas o de la misma URSS. Más que colaboradores en una posible derrota del fascismo, Trotsky siempre supo ver los verdaderos intereses que motivaron tanto la no intervención de unos como el apoyo de Stalin. “Inglaterra y Francia no habrían sido capaces de imponer con sus propias fuerzas un gobierno burgués contrarrevolucionario del tipo de Negrín contra la España revolucionaria. La autodenominada Internacional Comunista se ha convertido en la indispensable correa de transmisión de la diplomacia de Londres y París. En su lucha por ganar la confianza de las burguesías inglesa y francesa, la principal preocupación de Stalin ha sido que los obreros españoles no pudieran avanzar por el camino de la revolución. La ayuda concedida por el gobierno de Moscú al gobierno del Frente Popular ha sido siempre condicional, acompañada de la exigencia de rigurosas medidas contra los revolucionarios. Como era de esperar la lucha contra los obreros y campesinos en la retaguardia ha provocado las derrotas en el frente”³³. Siempre que llamaba al apoyo internacional a la revolución española, lo hacía denunciando

29 “Los revolucionarios en la guerra civil”, p. 293.

30 “¿Es posible la victoria?”, p. 299.

31 “Los revolucionarios en la guerra civil”, p. 296.

32 “Lección de España, última advertencia”, p. 391.

33 “La Internacional Comunista apoya a la contrarrevolución en España”, p. 315.

las maniobras de estas potencias y apelando no a las democracias capitalistas y sus gobiernos, sino a la clase trabajadora internacional para ayudar a las organizaciones obreras españolas.

La colaboración de las direcciones obreras en la lucha contra la revolución

El programa de revolución social se trató de llevar a cabo por la misma clase obrera que había derrotado el golpe fascista iniciado en el mes de julio por Franco y otros generales en buena parte del territorio. Fue durante las primeras semanas y con un alto grado de espontaneidad y creatividad revolucionaria. Sin este ingrediente, es muy difícil explicar las primeras grandes victorias militares en las calles de las principales capitales o la reconquista de todo el Aragón oriental por parte de las recién creadas milicias obreras salidas de Barcelona. La inferioridad en armamento y en preparación militar era suplida por la atracción que ejercían las esperanzas en la revolución social entre cientos de miles de obreros y campesinos.

Sin embargo, los ministros del Frente Popular no aceptaban un programa de este tipo e iban a hacer todo lo posible por acabar con lo que para ellos era un “experimento revolucionario”. Desde el primer día, comenzaron a operar para desactivar los comités por diferentes vías. En los primeros meses de revolución, la relación de fuerzas conquistada por los trabajadores impidió que se vaya frontalmente contra sus nuevos organismos de doble poder. Tanto el gobierno central como el catalán optaron por buscar de nuevo la colaboración directa de las direcciones obreras para poner fin a la revolución iniciada el 19 de julio.

El gobierno republicano pasó a manos del dirigente de la izquierda socialista Largo Caballero. El PSOE y el PCE eran firmes defensores del “primero ganar la guerra” desde el comienzo. También, las direcciones confederales de la CNT y la FAI asumieron de facto primero, y de palabra poco más tarde, esta estrategia antirrevolucionaria. Todos ellos pasaron a ocupar cargos de responsabilidad en la Junta de Madrid, el órgano de poder republicano en la capital, y el gobierno de la República a partir de noviembre de 1936. El POUM, que contaba con una presencia muy modesta fuera de Cataluña, quedará excluido de esta colaboración y comenzará a sufrir muy pronto la persecución política alentada por el estalinismo.

El gobierno de Largo Caballero, con la colaboración del PSOE, la CNT-FAI y el PCE, fue logrando desactivar la revolución de una forma pacífica. Emulando la política de la socialdemocracia alemana en la revolución de 1918, consiguió integrar al aparato del Estado burgués republicano la mayor parte de los organismos de autoorganización de las masas que se habían constituido en la retaguardia republicana. Poco a poco lograron la militarización de todas las milicias obreras, el fin del control obrero en las empresas

colectivizadas por sus trabajadores y la reimplantación del poder republicano en los barrios y pueblos donde la clase obrera lo había destronado.

En Cataluña, este mismo proceso fue llevado adelante por la Generalitat. Sin embargo, en este territorio se concentraba una vanguardia obrera en la que tanto socialistas como estalinistas tenían un arraigo mucho menor. La hegemonía anarcosindicalista era casi total al comienzo de la guerra. Fue más costosa la reconstrucción del Estado republicano y era imposible llevarla a cabo sin una colaboración e implicación directa de todas las direcciones obreras, y muy especialmente los anarquistas. Así lo entendió desde el primer día Lluís Companys, que tan pronto como el 21 de julio, llamó a todas ellas a una reunión en el Palacio de la Generalitat.

En aquella reunión, Companys recibió a la delegación anarcosindicalista encabezada por García Oliver, quien recogió en sus memorias el contenido de la misma; “Companys reconocía que nosotros solos, los anarcosindicalistas barceloneses, habíamos vencido al ejército sublevado. Declaraba que nunca se nos dio el trato que merecíamos y que habíamos sido injustamente perseguidos. Que ahora dueños de la ciudad y de Cataluña, podríamos optar por admitir su colaboración o por enviarlo a su casa. Pero que si opinásemos que todavía podía ser útil en la lucha que, si bien terminaba en la ciudad, no sabíamos y cómo terminaría en el resto de España, podíamos contar con él”³⁴.

La ausencia de una concepción materialista del Estado y de una estrategia para la conquista del poder político por parte de los dirigentes anarcosindicalistas habían sido, hasta aquel momento, un pesado lastre para el movimiento obrero español. Los mejores obreros revolucionarios se habían visto atraídos por el anarquismo, espantados por la vergonzante política de los socialistas que ya antes de la II República habían incluso colaborado con la dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, aquellas energías habían sido conducidas hacia la lucha exclusivamente sindical en unos casos, y por lo tanto reformista, o hacia aventuras ultraizquierdistas como los levantamientos aislados de comienzos de la década. En ningún caso esta corriente ayudó a que se pudiera formar una conciencia política entre la clase obrera, que forjase su independencia política de las distintas alas de la burguesía y que la preparase para la disputa por el poder, la única vía posible para hacer triunfar la revolución social.

Este pesado fardo se iba a convertir en un verdadero peso muerto en el momento del estallido abierto de la revolución. Las “bonitas palabras” de Companys bastaron para convencer a los dirigentes anarquistas de que el momento exigía renunciar a “ir a por el todo” para brindar la unidad y colaboración con todas las fuerzas antifascistas. Apoyándose en sus tradicionales

34 García Oliver, *El eco de los pasos*, ed. Ruedo Ibérico, pp. 176-7.

prejuicios antipolíticos, se negaban a conquistar el poder para la clase trabajadora en nombre de no ser partidarios de ninguna dictadura, ni del proletariado ni de los anarquistas. De esta forma, facilitaban al Estado burgués para que pudiera ir poco a poco reconstruyendo su dominio, fuertemente trastocado tras el 19 de julio.

Un idéntico camino seguirán los dirigentes del POUM. Si en febrero de 1936 se sumaron al Frente Popular para no quedar aislados de las ilusiones de las masas, seis meses más tarde lo harían al Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), primero, y a los gobiernos de coalición catalanes, a partir de septiembre, con Andrés Nin como conseller de justicia.

El CCMA coexistió durante las primeras semanas con un gobierno de la Generalitat que había perdido casi por completo el control de la situación política y militar. Su creación fue propuesta del mismo President catalán. Para acabar con el doble poder de los comités no podía enfrentarlos directamente. Companys era consciente de que con una línea así corría el riesgo de que la debilitada Generalitat y la ERC fueran barridas por los obreros revolucionarios. En su lugar ofreció a los dirigentes de la CNT y el POUM constituir un frente único para organizar en común las primeras medidas de combate contra el fascismo y la vida económica y social de la retaguardia.

Así nacería el CCMA que se presentó ante los trabajadores como el gobierno de la Cataluña revolucionaria, el que representaba y se proponía organizar la miriada de comités surgidos el 19 de julio. Sin embargo, en su composición estaba marcada a fuego una orientación opuesta. Además de todas las formaciones del Frente Popular y la CNT-FAI, el CCMA contaba con emisarios de la misma Generalitat y del Ejército. Sería el primer intento de subordinación e integración de los nuevos organismos de autoorganización de las masas en el Estado republicano catalán. El CCMA y sus seccionales imponían desde arriba todas las decisiones, abortando todo intento de coordinación entre los diferentes comités. De esta manera, además de evitar el desarrollo de un poder obrero se daba un peso totalmente desproporcionado respecto a su fuerza real a las organizaciones pequeñoburguesas como la ERC o a los estalinistas del recientemente creado PSUC.

El poder del CCMA no logró trascender mucho más allá de Barcelona. En otros muchos municipios catalanes se formarían comités que ejercerán el poder local, conformados por las organizaciones presentes. En algunos casos, como el comité de Lérida, se excluyó a los partidos republicanos, y el POUM mantenía una clara hegemonía. Estos órganos de poder, menos controlados por la Generalitat, serán uno de los objetivos a abatir por los posteriores gobiernos de coalición.

En este frente único con las formaciones pequeñoburguesas republicanas y los dirigentes reformistas y estalinistas que era el CCMA, los dirigentes

anarcosindicalistas y poumistas se colocaron detrás de un política de conciliación de clases que cerraba el paso a que el naciente doble poder de los comités se desarrollase y centralizase, y se lo abría a la recomposición del Estado burgués en Cataluña.

No tardó mucho la Generalitat en tomar iniciativas que iban recomponiendo el ejercicio normal del gobierno burgués. En agosto, creó el Consejo de Economía de la Generalitat que intervendría en la economía colectivizada para regimentarla e intentar quitarle el filo transformador que esta tenía. En septiembre, la formación del primer gobierno de coalición llevó a la disolución del CCMA, aunque mantuvo la representación de las distintas fuerzas que lo habían compuesto. Los dirigentes de la CNT y el POUM, quienes habían mantenido una leal colaboración con los emisarios de la Generalitat del CCMA, no mostraron ninguna oposición a su disolución. Su participación en este organismo se intercambiaba por la entrada en el mismo gobierno burgués para practicar la misma política de colaboración de clases.

En los meses que van de agosto a febrero de 1937, los gobiernos central y catalán fueron aprobando toda una serie de decretos para regimentar o liquidar los comités y las conquistas revolucionarias de julio. Los dos más importantes fueron sin duda el de la militarización de las milicias y su integración en el nuevo Ejército Popular y el de la disolución de los comités locales que habían sustituido a los ayuntamientos republicanos. De esta manera, el Estado republicano recuperaba el control de las fuerzas armadas y el poder local. Republicanos, socialdemócratas y estalinistas, con la colaboración de los dirigentes de la CNT y el POUM, cortaban la posibilidad de que se pudiera centralizar y constituir un poder obrero que rigiese la vida del frente y la retaguardia.

Durante todo este tiempo, Trotsky estaba viviendo una de las etapas de mayor aislamiento de su exilio. Se encontraba en Noruega donde el gobierno laborista lo mantenía prácticamente en un régimen de prisión domiciliaria. Las presiones de la URSS sobre el gobierno noruego, donde habían comenzado los Procesos de Moscú, eran cada vez mayores e impidieron que el revolucionario ruso pudiese seguir e intervenir en las discusiones sobre la situación española. No fue hasta su llegada a México, en enero de 1937, cuando pudo retomar el seguimiento de la situación en España. Al hacerlo, descubrió que la traición del POUM de febrero de 1936 había tenido una continuidad agravada en su entrada al gobierno catalán.

Cuando se inició la guerra civil, Trotsky estaba dispuesto a retomar la relación con Nin e incluso intentó, por medio de los bolchevique-leninistas españoles y la mediación del POUM, conseguir un visado para trasladarse a Barcelona, que fue negado taxativamente por la democrática república española. Para él: “En cuanto a Nin, Andrade y los demás, en la actual situación sería criminal dejarse llevar por las reminiscencias del período precedente. A pesar de que haya divergencias de programa y de método, incluso

después de la pasada experiencia, estas de ninguna forma han de impedir un *acercamiento sincero y duradero*. La experiencia posterior hará el resto”³⁵. Sin embargo, cuando retomó el seguimiento, el POUM acababa de ser expulsado del gobierno de la Generalitat y era acosado por una campaña de calumnias del partido estalinista catalán, el PSUC.

Trotsky consideraba que el POUM había cometido un segundo gran error. Los primeros escritos en México parten de una crítica basada en principios generales y donde no abundan referencias muy concretas a los meses anteriores. Trotsky escribe en febrero de 1937: “Para combatir en el frente, con las armas en la mano con los demás partidos, no corresponde tener una postura errónea, participando en la política de estos partidos en el gobierno. Es preciso saber unir a las masas bajo la bandera de la revolución, sin debilitar el frente en el terreno militar”³⁶. Las críticas que le seguirán en los escritos posteriores volverán a destacar a menudo este error de principio. Considerará que “la colaboración de los dirigentes del POUM con los jefes de la neorrepública burguesa, ha paralizado terriblemente el ánimo de los obreros y campesinos, acumulando derrota tras derrota”³⁷, pero sobre todo incidirá en el mantenimiento de dicho error por parte de los dirigentes del POUM, con su política de continuar “sermoneando a las direcciones traidoras en lugar de dirigir las masas contra ellas”³⁸, y rogar por la vuelta al gobierno de coalición.

De haber tenido un conocimiento más concreto de hasta dónde llegó la colaboración del POUM en los meses de Nin como conseller, seguramente su crítica habría sido mucho más aguda todavía. Su participación no solo sirvió para contar con su aprobación para la emisión de los decretos contra los comités y la reconstrucción del Estado republicano, sino que los dirigentes del POUM consideraron que el nuevo gobierno era un gobierno revolucionario. La vieja concepción de Maurín sobre el carácter revolucionario de la pequeñoburguesía catalanista volvía de nuevo. Él estaba preso desde el comienzo de la guerra en Galicia, donde el golpe de los militares había triunfado. Esta vez, era Nin el encargado de defenderla y ponerla en práctica. Lo hacía definiendo a la ERC como una formación de “carácter profundamente popular” y con un programa de izquierdas, y reduciendo el carácter de clase del gobierno catalán a una cuestión aritmética al afirmar que “en cuanto a la hegemonía proletaria, la mayoría absoluta de representantes obreros la aseguraría plenamente”. Pasaba por alto que estos representantes obreros eran los dirigentes que apostaban por la sumisión a la burguesía. Trotsky manejaba una caracterización mucho más precisa del verdadero

35 “Es preciso superar las divergencias pasadas”, pp. 274-5.

36 “Por la victoria de la revolución española”, p. 278.

37 “Decir las más amargas verdades”, p. 289.

38 *Ibidem*.

contenido de clase del Frente Popular. Así, señalaba qué “Políticamente, lo más sorprendente es que el Frente Popular español no tenía paralelogramo de fuerzas: el lugar de la burguesía estaba ocupado por su sombra. Por intermedio de los estalinistas, socialistas y anarquistas, la burguesía española ha subordinado al proletariado sin ni siquiera molestarse en participar en el Frente Popular. La aplastante mayoría de los explotadores de todos los matices políticos se había pasado al bando de Franco. Sin teoría alguna de la revolución permanente, la burguesía española comprendió desde el comienzo del movimiento revolucionario de las masas que, cualquiera que fuese su punto de partida, este movimiento estaba dirigido contra la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y que era absolutamente imposible acabar con este movimiento por medio de la democracia”³⁹. Las concepciones de Nin le condujeron a llevar en persona acciones tan antirrevolucionarias como la disolución del comité local de Lérida. En él, el POUM era mayoritario y sus militantes se habían preparado para ofrecer resistencia armada a los agentes de la Generalitat que querían disolverlo. Fue el mismo Nin en persona quien, junto al conseller en cap Josep Tarradellas, se presentó para calmar los ánimos y que se pudiera aplicar el decreto.

Al mismo tiempo, el estalinismo iba ganando peso en el gobierno central y catalán. El PCE y el PSUC son los más firmes defensores de “primero ganar la guerra”, y su rol contrarrevolucionario es más efectivo que el de la propia socialdemocracia, pues lo lleva adelante sobre las banderas de la Revolución Rusa ante los ojos de millones de trabajadores. Lograrán atraer a sus filas a algunos sectores obreros, pero sobre todo en un primer momento a muchos sectores sociales enemigos del proceso revolucionario como profesionales liberales, funcionarios y pequeños propietarios. Además, pasarán a ser dos piezas claves para la administración de la ayuda soviética. Todo ello hace que empujen hacia una aceleración de las medidas antirrevolucionarias y de persecución a los poumistas. En Catalunya, por exigencia del PSUC, el POUM será expulsado en diciembre de 1936 del Govern. En Madrid, la persecución de este partido por los estalinistas comienza mucho antes.

Una vez expulsado del gobierno catalán, el POUM no hizo ningún balance crítico de esta etapa y mantuvo una política que ansiaba volver a los meses de colaboración. Sin embargo, el Estado republicano ya no precisaba los servicios del flanco más izquierdo del Frente Popular. El nuevo gobierno, con un mayor peso del PSUC, acelerará el paso con una retahíla de nuevos decretos contra la industria colectivizada, las patrullas de control y los comités de abasto, a lo largo de la primavera de 1937. Trotsky acusaba a los dirigentes del POUM de actuar como los consejeros revolucionarios del Frente Popular. Toda medida para frenar el avance de las medidas

39 “Lección de España, última advertencia”, p. 375.

contrarrevolucionarias era planteada como una exigencia a los mismos que las estaban implementando. Por ejemplo, el POUM llamaba a la convocatoria de un congreso de delegados de los obreros, campesinos y soldados, pero se lo demandaba al mismo gobierno que estaba disolviendo comités y desarmando a los trabajadores en las ciudades, y al mismo Estado burgués le exigía la formación de un Ejército controlado por la clase obrera. En ningún caso estimaba necesario preparar a los trabajadores para un enfrentamiento con dicho Estado. Es más, Nin concebía posible en abril de 1937 que la clase trabajadora accediera al poder político de forma pacífica.

Estas posiciones resultaban coherentes con la negativa sistemática del POUM al desarrollo de organismos de autodeterminación de las masas como habían sido los soviets en Rusia. Para Nin, como explica en el artículo que publicamos en los anexos⁴⁰, la fortaleza de las organizaciones obreras en España hacía innecesaria la pelea por soviets o juntas, tal y como proponían Trotsky y los bolcheviques leninistas españoles. Perdía de vista la necesidad de unificar y coordinar de esta manera los múltiples organismos y comités surgidos por doquier y que, diseminados, estaba resultando fácil integrarlos al Estado o disolverlos. Su propia idea de hacer una revolución proletaria por medio de un Estado burgués era consecuente con esta concepción. También olvidaba que las organizaciones tradicionales, especialmente los sindicatos, con sus direcciones establecidas en tiempos de paz y con sus propias rutinas burocráticas, dificultaban mucho que la expresión del cambio en la conciencia de las masas –mucho más a la izquierda que sus dirigentes– pudiera abrir paso a la influencia de los revolucionarios y la pelea por la dirección. Este segundo aspecto carecía de importancia ante su orientación de presión leal sobre las direcciones anarcosindicalistas de la CNT y la FAI.

Trotsky advertirá contundentemente la impostura de la dirección del POUM y se va a ir mostrando más escéptico de que esta pueda corregir una línea cada vez más confusionista. Desde el comienzo mismo de la guerra insiste en la necesidad de pelear por el surgimiento de organismos como los soviets en las fábricas, el campo y el frente, una condición imprescindible para unificar el disperso doble poder obrero y permitir que unos cuantos miles de revolucionarios pudiera ganar la dirección de las masas. Poco antes de la insurrección de mayo de 1937, advertirá que, contra las ilusiones pacifistas de Nin, cabía prepararse para el estallido de la guerra civil dentro de la guerra civil y alentaba a los revolucionarios dentro y fuera de las filas del POUM a no reducir su papel a “exhortar a Nin, Andrade y Gorkin, de la misma forma que estos exhortan a Caballero, Companys y los demás.

40 Ver en el anexo a esta edición: “El problema del poder en la revolución”.

Los revolucionarios deben dirigirse a los obreros, a la base, dirigirlos contra las dudas y las vacilaciones de Nin⁴¹.

Mayo del '37: la última oportunidad perdida

Partiendo de este fortalecimiento del Estado republicano en Cataluña, la Generalitat con la participación decisiva del PSUC, preparó un golpe contra la vanguardia obrera de Barcelona. El 3 de mayo intentó la toma de la central de teléfonos en manos de los obreros de la CNT, con varios camiones de guardias de asalto. Tal y como muestran los informes de militantes trotskistas que publicamos en el anexo⁴², la reacción espontánea de la clase trabajadora ante este ataque emuló la combatividad y el heroísmo del 19 de julio de 1936. Los trabajadores proclamaron la huelga general, salvo en la industria militar, y en pocas horas, fueron haciéndose con el control territorial de casi toda la ciudad por medio del levantamiento de barricadas. Prácticamente los únicos espacios controlados por el Govern eran sus sedes y la de los partidos que lo apoyaban. Esta insurrección impactó en otras localidades catalanas donde los trabajadores habían tomado preventivamente edificios municipales y las sedes de algunos partidos contrarrevolucionarios. También llegaron al frente varias unidades de la División Lenin del POUM, y junto con la división Ascaso de la CNT emprendieron el viaje hacia Barcelona, aunque una delegación de la CNT y el POUM logró contenerlas en Lérida. En el sur de Aragón, unidades de la División Carod de la CNT trataron de cortar el paso a los guardias de asalto que venían a reprimir la insurrección desde Valencia. A pesar de los avances de la contrarrevolución en todos los meses previos, la clase trabajadora catalana estaba dispuesta a combatir en defensa de las “conquistas revolucionarias de julio”.

En este combate fueron, sin duda, los obreros de la CNT y el POUM quienes jugaron el principal rol, pero lo hicieron muy a pesar de sus direcciones: las mismas que habían contribuido desde el gobierno a recomponer el Estado burgués no iban a ponerse al frente de esta nueva insurrección. Los dirigentes de la CNT-FAI se opusieron desde el comienzo al levantamiento, realizando llamamientos a la calma desde la radio y en las barricadas. El POUM la saludó el primer día, pero cuando vio que la dirección anarcosindicalista se echaba para atrás la siguió. Como planteaba Trotsky “la actitud de los dirigentes del POUM en los momentos decisivos ha sido simplemente la continuación de su actitud en el período precedente”⁴³.

41 “¿Es posible la victoria?”, p. 305.

42 Ver en el anexo a esta edición: “Los acontecimientos de mayo, una revolución traicionada” y “¡A pesar de todo, viva la revolución española!”.

43 “Observaciones sobre la insurrección de mayo”, p. 308.

El levantamiento los tomó de imprevisto, imbuidos en la ilusión de la posibilidad de una toma pacífica del poder por los trabajadores como había declarado Nin en varias ocasiones. Su actitud de consejeros de las direcciones traidoras los conducía a la impotencia en tiempos de paz y a acompañarlos en la claudicación en un momento crítico, como los hechos de mayo.

Toda la “actitud en el período precedente” la habían justificado como una necesidad de no quedar aislados de las masas: desde el apoyo al Frente Popular hasta la participación en el gobierno catalán. Sin embargo, con esto preparaban el peor de los aislamientos: un abismo abierto entre ellos y las masas obreras que habían realizado por sí mismas una cruda experiencia con la Generalitat y los consellers y ministros anarquistas. Para Trotsky, “El POUM no podía llevar al proletariado catalán a la ofensiva porque –y únicamente por eso– toda su política anterior lo había hecho incapaz de una iniciativa semejante”⁴⁴. Lamentablemente, la oposición interna a la política de colaboración resultó minoritaria y en exceso paciente con la dirección de Nin. Estaba nucleada en la célula 72 de José Rebull cuyas críticas a la participación en el gobierno fueron ganando apoyos en el período inmediatamente anterior a los hechos de mayo entre los militantes de Barcelona y que hemos querido recoger en los anexos de esta edición⁴⁵.

La insurrección quedó descabezada, sin una alternativa revolucionaria de dirección. En este punto del enfrentamiento, para la revolución era cuestión de vida o muerte aplastar a la reconstruida Generalitat, a sus decretos y a los partidos de la contrarrevolución y levantar un poder obrero basado en los comités de obreros, campesinos y soldados, y poner en pie una Cataluña proletaria que recuperase las “conquistas revolucionarias de julio” en el campo y la ciudad y que propusiera un ofensivo programa social para el resto de la retaguardia republicana y franquista. Este era el programa que levantaron los bolcheviques leninistas españoles y que se puede encontrar en los textos publicados en los anexos de esta edición⁴⁶.

Dentro del movimiento libertario habían aparecido sectores que, en base a su propia experiencia, iban sacando conclusiones programáticas encaminadas a la lucha por el poder obrero. Esto sucedía en diversos sindicatos, periódicos anarquistas y las Juventudes Libertarias. Las críticas a los ministros y consellers anarquistas provenían de una corriente con cada vez más peso y que tuvo su máxima expresión organizada en la Agrupación Amigos

44 “La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española”, p. 329.

45 Ver en el anexo a esta edición: “Contratesis política de la célula 72, distrito V de Barcelona”, “Adición a las contratesis sobre las jornadas de mayo” y “Resolución sometida al CC del POUM en octubre de 1937”.

46 Ver en el anexo a esta edición: “La situación actual de España y las tareas de los bolcheviques-leninistas” y “¡A pesar de todo, viva la revolución española!”.

de Durruti. Había sido fundada en marzo de 1937 y llegó a contar con 4.000 adherentes. Su tamaño era todavía modesto, y en su corta vida previa a mayo no había logrado la implantación suficiente en la clase trabajadora como para haber actuado por sí sola como dirección alternativa a los comités superiores de la CNT. Sin embargo, su importancia histórica radica en que publicaron diversos materiales, algunos de los cuales hemos incluido en esta edición⁴⁷, en los que levantaron un programa que rompía con los prejuicios más clásicos del pensamiento anarquista. Frente al tradicional apoliticismo ácrata que había tenido como contracara la claudicación al Estado burgués, planteaban la sustitución de la Generalitat por una Junta Central Revolucionaria formada por representantes del campo, la ciudad y el frente. También luchaban por la formación de un Ejército proletario y la socialización de la economía colectivizada bajo el control de los sindicatos.

Si bien nunca dejaron de considerarse anarquistas, su programa era una muestra de cómo, para defender y pelear por la victoria de la revolución, era necesario un programa que coincidiera en lo fundamental con el levantado por los marxistas revolucionarios, y que recogiera las lecciones de experiencias históricas de la clase obrera como la Comuna de París o la Revolución Rusa. Los principios anarquistas no servían y había que “tomar prestados” los planteamientos tradicionales del marxismo. Para Trotsky si el POUM, que a pesar de su política errática aún aparecía ante los ojos de muchos obreros anarquistas como la corriente más resuelta, se hubiera decidido a romper con su subordinación a los dirigentes anarcosindicalistas, podría haber confluído y dado una dirección a los miles de obreros anarquistas que estaban peleando en las barricadas. Por el contrario, optó por llamar al abandono de la lucha, como hacían desde la radio los ministros anarquistas repudiados por los combatientes de las barricadas.

Tanto el POUM como sus defensores iban a alegar que en mayo no era posible la victoria del proletariado por la superioridad en fuerza del Estado republicano. Trataban de exculpar la responsabilidad de su política en los hechos de mayo. A la vez, ocultaban cuál había sido su generosa contribución a esa superioridad en fuerza del Estado: su colaboración con el fortalecimiento del aparato estatal que aplastó la insurrección de Barcelona. Sin embargo para Trotsky, a pesar de las difíciles condiciones de combate facilitadas por las direcciones obreras en los meses previos en mayo de 1937, “si el proletariado de Cataluña se hubiera apoderado del poder en mayo de 1937, habría encontrado el apoyo de toda España. La reacción burguesa estalinista no habría encontrado ni siquiera dos regimientos para aplastar a los obreros catalanes. En el territorio ocupado por Franco, no solo los obreros, sino también los campesinos se habrían puesto del lado de los obreros de

47 Ver en el anexo a esta edición: “CNT-FAI. Agrupación Amigos de Durruti”.

la Cataluña proletaria, habrían aislado al ejército fascista, introduciendo en él una disgregación irresistible. En tales condiciones, es dudoso que algún gobierno extranjero se hubiera arriesgado a lanzar sus regimientos sobre el ardiente suelo de España. La intervención habría sido materialmente imposible, o por lo menos peligrosa. Evidentemente en toda insurrección existe un elemento imprevisto y arriesgado, pero todo el curso ulterior de los acontecimientos ha demostrado que, incluso en caso de derrota, la situación del proletariado español habría sido incomparablemente más favorable que la actual, sin tener en cuenta que el partido revolucionario habría asegurado su porvenir para siempre”⁴⁸.

Como planteaban recientemente Emilio Albamonte y Matías Maiello en la revista *Estrategia Internacional*⁴⁹ “(...) la constitución de un ‘gobierno obrero’ en una región, que Trotsky llama a impulsar al POUM junto con la izquierda de la CNT, como ‘bastión revolucionario’ para a partir de su defensa desarrollar la revolución a escala nacional, para alzar desde allí el programa de nacionalización de la tierra y su entrega a los campesinos en todo el territorio español, de la liberación de Marruecos, cuya opresión permitía que Franco lo utilizase como base operaciones, etc. En síntesis, levantar las demandas que el programa del Frente Popular había negado explícitamente para desatar las fuerzas revolucionarias que este se proponía contener. Sin embargo, el POUM reafirmó su política de ‘traición al proletariado en provecho de la alianza con la burguesía’ que venía criticando Trotsky desde el año anterior (...) Trotsky desarrolló a un nuevo nivel las relaciones entre defensa y ataque en la estrategia revolucionaria siendo, en este sentido, el más clausewitziano de los marxistas”.

La derrota como escuela revolucionaria ante la guerra imperialista

Tras poner fin a la insurrección de los obreros catalanes, el Frente Popular terminó de poner fin a los restos de la revolución. En las semanas siguientes, y ya bajo el nuevo gobierno de republicanos, socialistas y estalinistas encabezado por Negrín, se inició una durísima represión contra el ala izquierda del movimiento libertario y el POUM. Este fue la organización más atacada; quedó ilegalizado el 16 de junio, su Comité Ejecutivo detenido y muchos de sus militantes asesinados, entre ellos Andreu Nin, quien fue secuestrado y asesinado por agentes de la GPU. Trotsky relacionaba estas persecuciones con las campañas estalinistas llevadas adelante en la URSS y llamó

48 “La verificación de las ideas y de los individuos a través de la experiencia de la revolución española”, p. 330.

49 “Trotsky y Gramsci: debates de estrategia sobre la revolución en ‘occidente’ Emilio Albamonte y Matías Maiello. *Estrategia Internacional* N° 28, septiembre 2012.

a realizar una contraofensiva internacional contra el estalinismo que había mostrado en los Procesos de Moscú y en España su rostro abiertamente contrarrevolucionario.

En el verano de 1937, el gobierno de la República logró acabar con las colectividades y el Consejo de Aragón. Se impuso un régimen cada vez más asfixiante contra los revolucionarios y el movimiento obrero, que llevó a algunos sectores del Movimiento por la IV Internacional y otras corrientes opositoras a alentar el derrotismo y equiparar mecánicamente a los dos bandos burgueses en pugna. Trotsky llevó adelante una pelea contra estos planteamientos en varios artículos en los que planteaba la necesidad de continuar la lucha militar contra el fascismo y en defensa de las conquistas obreras que el gobierno Negrín se veía todavía obligado a tolerar para no debilitar su lucha contra Franco. Solo desde ese campo militar, Trotsky veía posible seguir preparando políticamente nuevas condiciones para la insurrección contra Negrín.

Pero la tarea a la que más esfuerzos dedicó fue la de clarificar las principales lecciones de la derrota. Esta iba a abrir las puertas de una nueva guerra mundial, y Trotsky apostaba a que sirviese de valioso bagaje para la formación de la generación que debía prepararse para el triunfo de las revoluciones que pudiesen surgir a raíz de la contienda imperialista.

Los obreros españoles habían confirmado, con su iniciativa del 19 de julio, la dinámica permanentista de la lucha contra el fascismo. Para Trotsky este era “la reacción, no feudal, sino burguesa, y contra esta reacción no se puede luchar con éxito más que con la fuerza y los métodos de la revolución proletaria. (...) Los obreros españoles, desde los primeros pasos de la revolución, se asignaron en la práctica, no solo las tareas democráticas, sino incluso puramente socialistas” y por lo tanto “exigirles que no se salieran de los límites de la democracia burguesa es, de hecho, no solo no hacer la revolución democrática, sino incluso renunciar a ella”⁵⁰. Socialistas y estalinistas fueron desde el primer momento enemigos de salirse de esos límites. Tanto unos como otros defendieron el respeto a la propiedad privada y la necesidad de acabar con los comités y las “conquistas revolucionarias de julio”. Y lo hacían en base a la defensa de la unidad de la izquierda o de las fuerzas antifascistas para combatir a Franco. El “antifascismo” se convertía en la herramienta con la que encubrir la defensa de los intereses de la burguesía y la burocracia soviética, asociados detrás de la política de los Frente Populares. Y de esta manera, aplastando la revolución, abrían la puerta a la victoria franquista de 1939. Si en 1914 la II Internacional se demostró como un gran aparato al servicio de los intereses de las respectivas burguesías

50 “Lección de España, última advertencia”, pp. 372-3.

nacionales, el rol del estalinismo en España demostraba el carácter contrarrevolucionario del estalinismo y la III Internacional a nivel mundial.

La otra gran corriente para la que la revolución española fue su prueba de fuego definitiva fue el anarquismo. Para Trotsky su negativa a hacerse con el poder condenaba a esta corriente como una doctrina totalmente opuesta a que la victoria revolucionaria de los trabajadores fuese posible. Según habían demostrado los acontecimientos españoles “renunciar a la conquista del poder, es dejárselo voluntariamente a los que lo tienen, a los explotadores. (...) El que se niega a conquistar el poder abandona inevitablemente toda la organización obrera en los brazos del reformismo, haciendo de ella un juguete de la burguesía; teniendo en cuenta la estructura de clases de la sociedad, no puede ser de otra manera. (...) Así pues el anarquista que no quería ser más que antipolítico, de hecho se ha convertido en antirrevolucionario, y en los momentos más críticos, en contrarrevolucionario”⁵¹. Este carácter explicaba para Trotsky el hecho de que los mejores obreros anarquistas habían tenido que romper con buena parte de sus prejuicios y tratar de buscar una salida bolchevique contra la entrega de sus dirigentes hacia el Frente Popular.

El triunfo o derrota de la guerra dependía en sus nueve décimas partes de que los trabajadores pudieran alcanzar al mismo tiempo la victoria de su revolución. La importancia del programa revolucionario sobre la cuestión militar discute las tesis que reducen las razones de la derrota a la superioridad militar del ejército de Franco y el apoyo de Alemania e Italia. Contra esta unilateralización de lo militar, Trotsky oponía el caso ruso donde el proletariado “venció a la contrarrevolución interior e internacional sin necesidad de apoyo material del exterior. Las revoluciones han triunfado ante todo gracias a un programa socialista que da a las masas la posibilidad de apoderarse de las armas que se encuentran en su territorio y de dispersar al ejército enemigo”⁵². El único apoyo que se podía esperar del exterior era el del proletariado de los otros países en su lucha contra los gobiernos democráticos y la burocracia soviética, que con su ayuda militar, pedía como contrapartida el aplastamiento de la revolución. De esta manera, discutía con organizaciones anarquistas como la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), anarquista que limitaba su acción exterior en apoyo a España a la presión sobre los gobiernos democráticos.

En esta pelea por el poder obrero la revolución española mostró cómo los soviets, entendidos como órganos de autodeterminación de las masas, no eran una excepcionalidad rusa como defendían los dirigentes de la CNT,

51 *Ibidem*, p. 382.

52 *Ibidem*, p. 386.

Maurín o el mismo Nin. La mayoría de los comités surgidos al calor del 19 de julio estaban integrados por delegados de las organizaciones obreras, en muchos casos en una proporción marcada desde el mismo gobierno republicano. Eran el reflejo de las direcciones de dichas organizaciones, y esto dificultaba que pudieran representar a las amplias masas no encuadradas en las mismas, o dar cuenta de la rápida evolución de la conciencia experimentada en los trabajadores al calor de la experiencia que estaban realizando.

La pelea por la aparición de estos organismos la encontramos en los escritos de Trotsky desde 1931. Pero para Nin, la existencia de una “democracia obrera” (partidos, sindicatos, ateneos...) más desarrollada que en Rusia hacía innecesaria la pelea por construir estos organismos. Las propias organizaciones obreras, en especial los sindicatos, podían jugar el rol que en Rusia jugaron los soviets. Perdía de vista los millones de obreros, y muchas veces los más explotados, que no eran parte de dichas organizaciones, así como la estructura conservadora y burocrática de las mismas que las convertía en diques para evitar que la radicalización de las masas revolucionarias pudiera canalizarse y centralizarse. Por estas razones para Trotsky, la fortaleza de las organizaciones sindicales hacía que la pelea por los soviets tuviera un carácter más importante y no menor como pensaba Nin.

Los soviets, o juntas como proponía Trotsky denominarlos en España, iban en contra de la tradición anarquista, a la que se adaptaba Nin, la de limitar la revolución a los sindicatos, cuya vieja dirección cargada de conservadurismo y rutina se convertía en el freno de la revolución. En contra de ello, consideraba que: “Si los anarquistas hubiesen sido revolucionarios, habrían llamado ante todo a la formación de soviets que reuniesen a todos los representantes de la ciudad y el campo, incluyendo a los millones de hombres superexplotados que jamás habían entrado en un sindicato”⁵³. Además, solo en organismos de este tipo los revolucionarios podrían haber peleado por lograr una posición dominante y convertirlos en una dirección centralizada de la revolución

La lucha por el poder obrero debía partir de una posición de independencia política de los trabajadores. De aquí la intransigente lucha de Trotsky en contra del Frente Popular y la colaboración gubernamental llevada adelante por los dirigentes del POUM. Siguiendo sus escritos el lector puede encontrar un hilo conductor en las polémicas con Nin y los dirigentes de este partido en este punto, sobre todo, la cadena de claudicaciones entre el apoyo al Frente Popular, la entrada en el gobierno y el rechazo a la insurrección de mayo.

53 *Ibidem*, pp. 380-1.

La necesidad de una dirección revolucionaria y el balance del POUM

La derrota de la revolución española fue en muchos casos achacada a razones ajenas al rol de las direcciones obreras. Para estalinistas y socialistas la revolución social no había sido más que una inútil “distracción” que había retrasado adoptar la línea de “primero ganar la guerra”. La política de no intervención de las potencias democráticas iba a ser señalada como el factor determinante para que la superioridad militar de los fascistas terminase de imponerse. Una visión que dejaba intacta la responsabilidad de la dirección de republicanos y dirigentes reformistas, convertía a las masas revolucionarias en un obstáculo para la victoria y reducía el balance a una sumatoria y comparación de los efectivos militares de cada bando. Hoy por hoy, esta es la visión hegemónica entre los historiadores de la academia burguesa y la que se enseña en la mayor parte de facultades y la enseñanza secundaria.

Trotsky combatió esta visión exculpatoria de los sepultureros de la revolución española. En España se había desnudado el carácter contrarrevolucionario del aparato estalinista a nivel mundial. Hasta aquel momento su política había llevado a la derrota de la revolución china y dejado paso libre al ascenso del fascismo en Alemania. Sin embargo en España, el estalinismo se había mostrado como el principal enemigo de una revolución proletaria, poniéndose a la cabeza de su sangriento aplastamiento.

Otras lecturas también benévolas con el rol de las direcciones fueron emitidas por los dirigentes anarquistas. La AIT justificaba la traición a la revolución de los dirigentes de la CNT en la “insuficiente solidaridad del proletariado internacional”. También el POUM iba a hacer caer la responsabilidad de sus traiciones sobre el proletariado. Primero, fueron sus ilusiones en el Frente Popular y Companys lo que alegaron para negarse a mantener una posición de independencia política contra la burguesía republicana. Más tarde, en mayo de 1937, alegarán la falta de madurez de la acción de las masas para cubrir su última gran claudicación. Muchas de estas visiones iban a ser reproducidas por grupos e individuos que actuaban como “defensores del POUM” a nivel internacional.

A la discusión con uno de ellos, el grupo francés *Que Faire?*, formado por ex militantes del PCF simpatizantes del POUM, Trotsky dedicará su último escrito sobre España. Se trata de su artículo “Clase, partido y dirección” sobre el que estaba trabajando cuando fue asesinado por el agente estalinista catalán Ramón Mercader. En este trabajo discute contra una visión simplificada que reducía las responsabilidades de la derrota a la traición abierta del estalinismo y sus agentes y a una “falta de madurez de la clase obrera” consistente en no haber constituido por sí misma una dirección revolucionaria.

En primer lugar, defenderá que durante todo el proceso revolucionario español los obreros habían estado enfrentados con sus direcciones tradicionales en un grado proporcional a lo agudo de la situación. No habían dado

ninguna muestra de sumisión pasiva, hasta el punto de que en el momento más crítico solo pudieron ser doblegados con la fuerza de las armas. Los revolucionarios no podían pedirle más sacrificios y heroísmo al proletariado español. Discutía así contra la idea de que las direcciones son el reflejo directo la clase. Una idea que en el combate lleva a plegarse a esas mismas direcciones, para no quedar “aislado de las masas”, pues las primeras son un reflejo mecánico de las segundas, y tras la derrota, lleva a salvar del balance a los dirigentes porque cargar en ellos las responsabilidades desnuda la falsedad de la política de adaptación llevada adelante en el combate.

Explicaba la dinámica existente entre la clase en general y sus direcciones; cómo la conciencia de clase y su evolución es un proceso dinámico que, en los momentos favorables de una crisis revolucionaria, era capaz de avanzar a saltos; cómo, en esas circunstancias, la experiencia realizada con sus direcciones antiguas o conciliadoras podía hacer que perdiesen la confianza en las mismas; y cómo los revolucionarios debían llegar preparados a esos momentos, con una autoridad y un respeto ganado en el período anterior entre los obreros más avanzados; con una dirección que sea capaz de adoptar una política encaminada a la tarea estratégica de la toma del poder, capaz de hacerla carne en los cuadros militantes del partido y estos, al calor del desarrollo de la revolución, en la mayoría de las masas.

Por ello, consideraba crucial clarificar cuál había sido el rol del POUM. El único partido que había tenido la oportunidad de constituir una alternativa de dirección a los socialistas, anarquistas y estalinistas españoles.

La tarea de construir un partido revolucionario en España había sido su tensión en todos esos años. En 1931, Trotsky pronosticaba que, a diferencia de la Revolución Rusa, la española iba a tener unos ritmos mucho más lentos. Una de las razones era justamente la ausencia de un partido como el Bolchevique. Durante este tiempo, apostaba a que los opositoristas españoles aprovecharan para avanzar en construir dicho partido. Sin embargo, las grandes discusiones con Nin y, después, con la dirección del POUM, indicaban desde bien temprano dos concepciones muy diferentes de las vías y el partido a construir, que llevaban a dos concepciones estratégicas opuestas.

La primera gran diferencia fue, como hemos visto, en torno a la entrada en las Juventudes Socialistas. Para Trotsky, Nin y los suyos habían desaprovechado una gran oportunidad para fusionarse con miles de obreros que se estaban radicalizando, habiéndose escudado en la defensa de la independencia organizativa de su pequeño grupo. Este espíritu no les iba a impedir la fusión con el BOC y la disolución en el POUM, por medio de un acuerdo programático general desligado del balance del ensayo general de la insurrección de 1934 y otros test ácidos de la lucha de clases como la posición sobre la burocracia estalinista. Sin embargo, va a reeditarse con su negativa a entrar en la CNT y la apuesta por desarrollar su propia central sindical, y desde el comienzo de la guerra civil, en su rechazo a integrarse en las milicias obreras

impulsadas por los sindicatos, optando por formar las suyas propias y ocupar sus propios sectores en el frente.

Esta orientación de defensa del pequeño aparato propio, podríamos decir sectaria, tenía su contracara oportunista en que les permitía abstenerse de dar lucha política contra las direcciones socialistas y anarquistas. Un método diplomático que fue combatido por Trotsky desde el comienzo de los años '30. Primero, en las relaciones con Maurín y su Federación Catalano-Balear, después hacia las direcciones de la CNT-FAI, y por último, hacia los gobiernos del Frente Popular, ante los cuales el POUM se ubicaba como consejero, llegando incluso a integrarse en el catalán.

El método de Nin era el reflejo de una política centrista, que oscilaba entre zigs de izquierda y zags oportunistas, y que llevaron a que el POUM llegara muy mal preparado para aparecer con la autoridad y el respeto necesario entre los obreros más avanzados en los momentos que estos estaban rompiendo con sus direcciones. Trotsky lo definía de la siguiente manera: "El centrismo de izquierda, sobre todo en condiciones revolucionarias, está siempre dispuesto a adoptar de palabra el programa de la revolución socialista, y no se muestra avaro en frases sonoras. Pero la fatal enfermedad del centrismo es su incapacidad para sacar de estas concepciones generales conclusiones valientes de táctica y organización. (...) Los dirigentes del POUM (...) no habían hecho nada serio para preparar esta revolución socialista ya que esta preparación solo podía pasar por una movilización despiadada, valiente, implacable, de los obreros anarquistas, socialistas y comunistas contra sus dirigentes traidores. No había que tener miedo de separarse de estos dirigentes, de convertirse en los primeros tiempos en una secta, aunque fuesen perseguidos por todo el mundo"⁵⁴.

El mismo método seguido por Nin para construir el POUM era repetido en el plano internacional. La abstención de los opositores españoles en las principales discusiones de la Oposición Internacional y la alineación con los sectores que van rompiendo con ella por criterios personales era una muestra de la incomodidad de Nin y los suyos en un agrupamiento internacional que apostaba por la discusión franca y abierta de los grandes problemas de programa y estrategia revolucionaria en los principales países. La diplomacia como método nacional tuvo su correlato a nivel internacional con el abandono, en 1935, del Movimiento por la IV Internacional a cambio de la fusión con el BOC y el ingreso al Buró de Londres, un agrupamiento heterogéneo y unido por acuerdos generales que terminará estallando al calor de la revolución española cuando varios de sus miembros terminen del lado del Frente Popular y la política del estalinismo en España.

54 "El POUM, partido centrista", pp. 415-7.

La diplomacia como método de discusión, pasar por alto las discusiones agudas, las lecciones de los grandes hechos de la lucha de clases no permitían una discusión abierta y franca entre revolucionarios ni a nivel internacional ni nacional; mucho menos armaba al partido y a su dirección para enfrentar frontalmente a las direcciones obreras que preparaban la traición a la revolución detrás de la máscara del Frente Popular y el “antifascismo”. Muy al contrario, conducía a una adaptación a las mismas, que lo iba a llevar a convertirse en el furgón de cola de la amplia coalición contrarrevolucionaria en España.

Hoy una buena parte de la izquierda, incluida una porción de origen trotskista, viene realizando una relectura de la revolución española en la que se reivindica al POUM y su política. Los fundamentos en contra de las críticas de Trotsky repiten varios de los argumentos defensivos de los dirigentes del POUM.

Uno de los más “explotados” es la falta de información concreta sobre la situación española y la traslación mecánica de las lecciones de la Revolución Rusa. Cualquier lector crítico, comparta o no las posiciones de Trotsky, verá sin embargo que el revolucionario ruso se va a pronunciar siempre sobre aquello que conoce en el grado que lo conoce. No manejaba información errónea, se puede observar en algunos de los informes recibidos que hemos publicado en el anexo de esta edición. Si en algún momento la información puede ser escasa o poco concreta (como en su período de aislamiento en su exilio noruego) sus críticas son obligadamente más generales. Sin embargo, de haber tenido información más concreta, como la participación personal del conseller Nin en la disolución del comité de Lérida, esta más bien habría reforzado sus críticas y no ayudado a “comprender” las concesiones que la situación “obligaba” a hacer al POUM. Pero más allá de esto, la lectura de los escritos de Trotsky demuestra cómo la mayor parte de las previsiones que va a ir realizando se terminan cumpliendo, y cómo las consecuencias de la política centrista que combatió desde bien temprano son tan fatales como había advertido. A pesar de los pocos elementos de que disponía, el método marxista daba a Trotsky todos los elementos necesarios para un pronóstico acertado.

El otro argumento se refiere a la “dureza” de Trotsky en la discusión con Nin. La firmeza en los métodos utilizados por Trotsky en sus discusiones con Nin fue y es tomada por muchos como causa del distanciamiento de este último con el Secretariado Internacional y el propio Trotsky. Sin embargo, el revolucionario ruso respondió a estas críticas diciendo que así se subestimaba la talla política de Nin por un lado, y por el otro, se obviaba el hecho de que obedecían a que su política, programa y estrategia divergían cada vez más.

El estalinismo como sepulturero de la revolución: de España en adelante

El combate que expresan los escritos sobre España son también una pieza clave de la pelea del revolucionario ruso en contra de la burocracia estalinista. Su papel directo como verdugos de la revolución española constituye la confirmación de que tanto la burocracia soviética, como los partidos comunistas dirigidos por la III Internacional, se habían convertido en el principal aparato contrarrevolucionario a nivel mundial.

Trotsky dará cuenta de ello y planteará una política para superar el que se había convertido en el principal obstáculo para el triunfo de la revolución proletaria. Lo hace sobre la base del marxismo revolucionario que ha sido capaz de actualizar con las lecciones de las victorias y derrotas recientes de la clase obrera en Rusia, China o Alemania, o las extraídas del proceso de burocratización de la URSS que ha enfrentado desde el comienzo.

El rol de las direcciones obreras en la revolución española muestra por qué ninguna otra corriente estuvo preparada para enfrentar al estalinismo. Los reformistas habían sellado su compromiso histórico con sus respectivas burguesías nacionales con la bancarrota de la II Internacional en la Primera Guerra Mundial, y encontraron en los estalinistas a los mejores aliados de su política de colaboración de clases. Los anarquistas se colocaron detrás de la burguesía republicana, quien encontró en el PCE y el PSUC a los más decididos y prestigiosos ejecutores de la lucha contra la revolución. Los centristas del POUM, por su parte, perdieron toda brújula revolucionaria, yendo a la zaga de reformistas, anarquistas y republicanos, y sin prepararse, por lo tanto, para enfrentar la contrarrevolución de los estalinistas y la burguesía republicana.

El aplastamiento de la revolución española por parte del estalinismo marcará una coordenada clave para los revolucionarios del mañana ante esta dirección reaccionaria. Trotsky se mostró impasible en la necesidad de una lucha política intransigente contra este, incluso cuando se compartiera el campo militar, como fue el caso de la guerra civil española; defendió la necesidad de construcción de nuevos partidos revolucionarios y una nueva internacional, la IV, y la lucha por el desarrollo de la democracia soviética en las siguientes revoluciones y por su restablecimiento en la URSS por medio de la revolución política.

El estalinismo continuó jugando este papel en las décadas posteriores. En un gran número de casos como cortafuegos de la revolución proletaria, como en la Francia y la Italia de postguerra. El PCF y el PCI llevaron adelante compromisos históricos con sus respectivas burguesías nacionales para evitar que la derrota del nazismo pudiera abrir el paso a revoluciones obreras en estos países centrales, donde los regímenes burgueses estaban en un estado de descomposición y el proletariado contaba con armas después de haber sido una pieza clave de la lucha contra el fascismo.

El PCE no va a ser ninguna excepción. Tras la victoria de Franco será la principal organización obrera de la oposición antifranquista. Tanto el POUM como la CNT entrarán en una profunda crisis política derivada de su actuación en la misma guerra civil, agravada además por el exilio y la dispersión de sus dirigentes.

Bajo la dirección de Santiago Carrillo, y con el apoyo de Stalin y sus sucesores en el Kremlin, el PCE irá preparándose pacientemente para llegar en una buena posición a la crisis de la Dictadura. Logrará convertirse en la principal dirección del movimiento obrero en los años '60 por medio del control del movimiento de las comisiones obreras. En 1956, proclamará su política de "reconciliación nacional" que adelantaba el que iba a ser su compromiso histórico con el régimen y el capitalismo español en los años '70. Planteará como norte político de la lucha antifranquista la "ruptura democrática", que será aceptada poco a poco por el resto de la oposición, incluidas las principales fuerzas de la extrema izquierda. Se trató de una reedición de la revolución "democrática" de los '30, en la que se proponía la consecución de un régimen democrático, la república, el derecho de autodeterminación de los pueblos y mayor justicia social, sin cuestionar ni en una coma el dominio de los capitalistas.

Si en los '30 esta estrategia menchevique condujo al PCE a su alianza contrarrevolucionaria con la burguesía republicana, en los '70 lo llevó al pacto con las mismas elites franquistas y la Corona, encargadas de pilotear la transición a la democracia. El compromiso con la burguesía franquista, como antes con la republicana, obligaba a dejar las grandes demandas democráticas y sociales nuevamente en el olvido, es decir, el mismo programa de su "ruptura democrática". Se volvía a demostrar que para su efectiva consecución era necesario barrer el dominio mismo de la burguesía.

El PCE jugó un rol clave en la desactivación del ascenso huelguístico vivido tras la muerte del dictador en noviembre de 1975. Frenó la ira obrera y popular tras el asesinato por sicarios fascistas de los abogados laboristas de Atocha en enero de 1977, consiguiendo así su legalización a cambio de aceptar la Corona y renunciar al derecho de autodeterminación de las nacionalidades. En octubre de ese mismo año, sería una pieza clave de los Pactos de la Moncloa con los que se quiso imponer la paz social en el movimiento obrero y descargar sobre los trabajadores la crisis económica. Y sobre esa relativa "pacificación", fue uno de los "padres" fundamentales de la Ley de Amnistía que consagraba la impunidad de los crímenes franquistas y la misma Constitución de 1978, que ponía las bases del régimen heredero del franquismo que hoy atraviesa una crisis histórica.

El PCE lograba así salvar, por segunda vez en el siglo XX, al capitalismo español de la amenaza de una revolución proletaria. Emulaba a sus colegas franceses e italianos, protagonistas de frenar el Mayo del '68 y combatir el ascenso obrero italiano. Con ellos, iba a ser cofundador del "eurocomunismo",

la definitiva integración del estalinismo occidental a las democracias imperialistas. Y también emulaba al estalinismo portugués, que iba a llevar a la derrota a la Revolución de los Claveles.

Los servicios prestados por el estalinismo para salvar al capitalismo en el Siglo XX lo condujeron sin duda a una crisis terminal como dirección contrarrevolucionaria. Las elites de la URSS y de los demás los Estados obreros deformados –que habían ahogado en sangre todos los intentos de revolución política ocurridos de Alemania oriental, Hungría, Checoslovaquia y Polonia– terminaron pasándose con armas y bagajes al capitalismo, y los partidos comunistas quedaron o muy debilitados, como el español, o terminaron liquidándose, como el italiano.

Sin embargo, el estalinismo dejó una profunda huella para las generaciones siguientes. Durante la etapa de restauración burguesa, que se abre después del último ciclo de revoluciones cerrado con la derrota de los obreros polacos, el capital ha logrado que se establezca en el “sentido común” una identificación entre la experiencia estalinista y las ideas de revolución, partido revolucionario o comunismo.

Una ofensiva ideológica que también ha tenido sus expresiones de “izquierda” en corrientes como el autonomismo y el neo-reformismo, que han rechazado estas mismas ideas para volver a otras nada nuevas, como por ejemplo el apoyo a los gobiernos populistas post-neoliberales de América Latina, o más recientemente la apuesta por construir aparatos electorales con un programa de reforma del capitalismo y regeneración democrática. No obstante, algunos de los representantes de esta izquierda no desechan todo “lo viejo” y toman como referentes históricos de “cambios posibles” ejemplos del estalinismo antirevolucionario como el italiano y su política tras la segunda guerra mundial, tal y como plantean dirigentes de Podemos.

La vigencia de las grandes lecciones de la revolución española

Los escritos de Trotsky sobre la España de los años '30 mantienen una gran actualidad para los millones de jóvenes y trabajadores que, al calor de la crisis capitalista desatada en 2007, salen a enfrentar los planes de ajuste y los regímenes políticos que los aplican.

En ellos, se pueden encontrar en primer lugar uno de los grandes combates dados por el revolucionario ruso contra el estalinismo. Conocerlos sirve para cuestionar el “sentido común” de la restauración burguesa, para desnudar la falacia que asocia el estalinismo con la revolución proletaria, de la que la experiencia española demuestra que fue su principal enemigo, o los intentos de identificar el partido revolucionario continuador de la tradición bolchevique, por cuya construcción pelea Trotsky en estos escritos, con su contrario: los partidos comunistas estalinizados, que como el PCE eran la vanguardia de la contrarrevolución y terminaron integrados en las democracia capitalistas.

La pelea de Trosky por una política revolucionaria en España era también una pelea contra el régimen estalinista de la URSS, que los ideólogos de la restauración burguesa nos presentan como el retrato del socialismo. Una victoria de la revolución española podía contagiar a los trabajadores de Europa a seguir el mismo camino y a los trabajadores soviéticos a levantarse contra la burocracia estalinista. Extender la revolución a los países centrales y acabar con el dominio de la casta estalinista era la única salida para evitar la restauración capitalista en la URSS de mano de la misma burocracia, como terminó pasando a finales del siglo.

Todo este “sentido común” de época pretende mantener bien alejado de las nuevas generaciones un buen número de lecciones de las revoluciones del siglo XX, cuya vigencia se actualiza cada día más. Así por ejemplo, los escritos de España abordan la dinámica de las reivindicaciones democráticas y la revolución proletaria en un momento en que vemos el surgimiento de procesos de movilización de masas, muchas veces motorizados por demandas democráticas, como han sido la primavera árabe, los movimientos de los indignados en el Estado Español, Occupy Wall Street en EEUU, la reemergencia de la cuestión nacional en diversas nacionalidades de Europa o la lucha en México por los 43 estudiantes desaparecidos.

Dejan además valiosas lecciones sobre cómo combatir y el rol de direcciones pequeñoburguesas y reformistas como intentos de desvío de la energía revolucionaria de los explotados en un momento donde surgen nuevas mediaciones de este tipo, aunque con una composición social menos obrera, como Podemos en España o Siryza en Grecia, y a la vez en un momento en que las direcciones sindicales traidoras mantienen la respuesta del movimiento obrero muy por detrás del nivel de ataques que estamos sufriendo.

También los escritos de Trotsky sobre la revolución española muestran que la tarea de forjar una dirección revolucionaria en cada país y a nivel internacional es un pilar clave para pelear porque los procesos revolucionarios que la crisis promete abrir logren triunfar. El desvío reaccionario de los procesos revolucionarios árabes de mano de las direcciones burguesas y el imperialismo muestran que la necesidad de una dirección obrera revolucionaria hoy en día sigue siendo vital.

Los jóvenes y trabajadores que aspiran a la transformación revolucionaria de la sociedad pueden encontrar en estos textos un gran bagaje de lecciones. Corrientes como el anarquismo, que pueden reverdecer en la juventud asqueada con la izquierda reformista, tienen en el '36 español la demostración de que solo pueden conducir a una nueva derrota. Las lecciones que deja la experiencia del POUM también cuestionan a aquellos que en nombre de “lo nuevo” llaman a construir partidos sin un programa y una estrategia que se encamine a la conquista revolucionaria del poder por los trabajadores, y en lugar de ello, alientan la adaptación a los nuevos fenómenos reformistas con el viejo argumento de no quedar aislados de las masas.

Hoy como entonces es necesario que los mejores luchadores de la clase trabajadora y la juventud logren agruparse en torno a las grandes lecciones programáticas que dejan los “test ácidos de la lucha de clases” que se den al calor de la actual crisis, y al mismo tiempo retomando las lecciones de las grandes victorias y derrotas de la clase obrera en los dos últimos siglos. Como en la revolución española, las nuevas revoluciones necesitarán de partidos revolucionarios, en cada país y a nivel internacional, capaces de llevar a la clase trabajadora a la conquista del poder político, y que conviertan cada posición conquistada en una trinchera para extender la revolución. La tarea que León Trotsky consideró como la más valiosa de su intensa vida sigue vigente: construir una dirección revolucionaria mundial, la IV Internacional.

Este volumen aspira a ser una contribución en este sentido, un aporte a la formación de una nueva generación que aprenda del pasado para conquistar un mañana sin explotación ni opresión para toda la humanidad.

* * *

SOBRE LA EDICIÓN

La mayoría de los textos publicados se tomaron de las fuentes disponibles en internet en el MIA y el CEIP y se cotejaron con el francés en base a L. Trotsky, *La révolution espagnole (1930-1940)*, Les éditions de minuit, Paris, 1975.

El texto de los Amigos de Durruti fue extraído de Agustín Guillamón, Aldarull, *Los Amigos de Durruti. Historia y antología de textos*, Barcelona, 2013. pp 223-227.

Las notas de pie se tomaron de las respectivas fuentes y a su vez se realizaron notas especialmente para esta edición. Solo hemos aclarado las notas propias de los autores de los textos.

Las notas biográficas, al igual que las notas de pie, se tomaron de las respectivas fuentes y se confeccionaron especialmente.

La cronología se hizo en base a la publicada en *La révolution espagnole, op. cit.*

* * *

La edición de este libro estuvo a cargo de Mónica Torraz y Rossana Cortez. La corrección de estilo y cotejamiento de textos fue posible gracias a un equipo formado por Nora Dragún, Malena Vidal, Laura Esquibel, Claudia Cardinale. Laura Tartaglia y Claudio Villarreal. Además agradecemos la colaboración de Cintia Casale, Natalia Godoy y Nicolás Bueno. La diagramación fue realizada por Hernán Cardinale. La producción editorial se completó con la participación del equipo del CEIP.
